



Oscar Wilde

Una Casa de
Granadas

E LEJANDRIA

Oscar Wilde

Una Casa de
Granadas

E LEJANDRIA



LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

UNA CASA DE GRANADAS

OSCAR WILDE

PUBLICADO: 1888
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG
TRADUCTOR: ELEJANDRÍA

UNA CASA DE GRANADAS

OSCAR WILDE

EL JOVEN REY

Era la noche antes del día fijado para su coronación, y el joven Rey estaba sentado solo en su hermosa cámara. Sus cortesanos habían tomado ya su despedida de él, inclinando sus cabezas hasta el suelo, de acuerdo con el uso ceremonioso del día, y se habían retirado al Gran Salón del Palacio, para recibir unas últimas lecciones del Profesor de Etiqueta; ya que algunos de ellos tenían aún modales bastante naturales, lo que, en un cortesano, es, no hace falta decir, una ofensa muy grave.

El muchacho —pues era solo un muchacho, teniendo apenas dieciséis años de edad— no sentía pena por su partida, y se había echado hacia atrás con un profundo suspiro de alivio en los suaves cojines de su sofá bordado, yacía allí, con los ojos salvajes y la boca abierta, como un joven Fauno del bosque, o algún joven animal del bosque recién atrapado por los cazadores.

Y, de hecho, fueron los cazadores quienes lo encontraron, topándose con él casi por casualidad mientras, con las extremidades desnudas y la flauta en mano, seguía al rebaño del pobre cabrero que lo había criado, y a cuyo hijo siempre se había considerado. Hijo único de la hija del viejo Rey por un matrimonio secreto con uno mucho más bajo que ella en estatus —un extranjero, decían algunos, que, por la maravillosa magia de su tocar el laúd, había hecho que la joven Princesa lo amara; mientras otros hablaban de un artista de Rímini, a quien la Princesa había mostrado mucho, quizás demasiado honor, y que había desaparecido repentinamente de la ciudad, dejando su obra en la Catedral inacabada— había sido, cuando apenas tenía una semana de nacido, robado del lado de su madre mientras ella dormía, y entregado al cuidado de un campesino común y su esposa, quienes no tenían hijos propios y vivían en una parte remota del bosque, a más de un día de cabalgata desde la ciudad. La pena, o la peste, como afirmaba el médico de la corte, o, como algunos sugerían, un veneno italiano rápido administrado en una copa de vino especiado, mató, dentro de una hora de su despertar, a la muchacha blanca que le había dado a luz, y mientras el mensajero fiel que llevaba al niño a través de su silla de montar se inclinaba desde su caballo cansado y llamaba a la puerta rústica de la cabaña del cabrero, el cuerpo de la Princesa estaba siendo bajado a una tumba abierta que se había cavado en un cementerio abandonado, más allá de las puertas de la ciudad, una tumba donde se decía que yacía otro cuerpo también, el de un joven de maravillosa y extranjera belleza, cuyas manos estaban atadas detrás de él con una cuerda anudada, y cuyo pecho estaba apuñalado con muchas heridas rojas.

Tal, al menos, era la historia que los hombres susurraban entre sí. Lo cierto era que el viejo Rey, cuando estaba en su lecho de muerte, ya sea movido por el remordimiento de su gran pecado, o simplemente deseando que el reino no se alejara de su línea, había hecho llamar al muchacho y, en presencia del Consejo, lo había reconocido como su heredero.

Y parece que desde el primer momento de su reconocimiento había mostrado signos de esa extraña pasión por la belleza que estaba destinada a tener una influencia tan grande sobre su vida. Aquellos que lo acompañaron al conjunto de habitaciones destinadas para su servicio, a menudo hablaban del grito de placer que brotó de sus labios cuando vio las delicadas vestiduras y las ricas joyas que habían sido preparadas para él, y de la alegría casi feroz con la que desechó su tosca túnica de cuero y su gruesa capa de piel de oveja. En efecto, a veces echaba de menos la fina libertad de su vida en el bosque, y siempre estaba dispuesto a irritarse con las tediosas ceremonias de la corte que ocupaban tanto de cada día, pero el maravilloso palacio —Joyeuse, como lo llamaban— del que ahora se encontraba señor, le parecía ser un nuevo mundo creado para su deleite; y tan pronto como podía escapar del consejo o de la sala de audiencias, corría por la gran escalera, con sus leones de bronce dorado y sus escalones de porfido brillante, y vagaba de habitación en habitación, y de corredor en corredor, como uno que buscaba encontrar en la belleza un anodino para el dolor, una especie de restauración de la enfermedad.

En estos viajes de descubrimiento, como él los llamaba —y, de hecho, para él eran verdaderos viajes a través de una tierra maravillosa— a veces era acompañado por los esbeltos pajes de la corte, de cabellos rubios, con sus mantos flotantes y cintas ondeantes y alegres; pero más a menudo estaría solo, sintiendo a través de un cierto instinto rápido, que era casi una adivinación, que los secretos del arte se aprenden mejor en secreto, y que la Belleza, al igual que la Sabiduría, ama al adorador solitario.

Se contaban muchas historias curiosas sobre él en este período. Se decía que un robusto Burgomaestre, que había venido a entregar un discurso oratorio florido en nombre de los ciudadanos de la ciudad, había visto a él arrodillándose en verdadera adoración ante una gran pintura que acababa de ser traída desde Venecia, y que parecía anunciar el culto a algunos nuevos dioses. En otra ocasión, había desaparecido durante varias horas, y tras una larga búsqueda, fue descubierto en una pequeña cámara en una de las torretas del

norte del palacio, contemplando, como en trance, una gema griega tallada con la figura de Adonis. Se le había visto, según corría la historia, presionando sus cálidos labios contra la frente de mármol de una estatua antigua que había sido descubierta en el lecho del río con motivo de la construcción del puente de piedra, y estaba inscrita con el nombre del esclavo bitinio de Adriano. Había pasado toda una noche observando el efecto de la luz de la luna sobre una imagen de plata de Endimión.

Todos los materiales raros y costosos ciertamente tenían una gran fascinación para él, y en su afán por conseguirlos había enviado a muchos comerciantes, algunos para traficar ámbar con los rudos pescadores de los mares del norte, algunos a Egipto en busca de ese curioso turquesa verde que se encuentra solo en las tumbas de los reyes y se dice que posee propiedades mágicas, algunos a Persia por alfombras de seda y cerámica pintada, y otros a la India para comprar gasa y marfil teñido, piedras lunares y pulseras de jade, madera de sándalo y esmalte azul y chales de lana fina.

Pero lo que más le había ocupado era la túnica que iba a llevar en su coronación, la túnica de oro tejido, y la corona incrustada de rubíes, y el cetro con sus filas y anillos de perlas. De hecho, era en esto en lo que estaba pensando esta noche, mientras yacía reclinado en su lujoso sofá, observando el gran tronco de pino que se consumía en el hogar abierto. Los diseños, que eran obra de los artistas más famosos de la época, le habían sido presentados muchos meses antes, y había ordenado que los artesanos trabajaran noche y día para llevarlos a cabo, y que el mundo entero fuera buscado por joyas que fueran dignas de su trabajo. Se veía a sí mismo, en su imaginación, de pie en el alto altar de la catedral con el hermoso atuendo de un Rey, y una sonrisa jugaba y se demoraba en sus labios juveniles, e iluminaba con un brillo intenso sus oscuros ojos de bosque.

Después de un tiempo, se levantó de su asiento y, apoyándose en el tallado alero de la chimenea, miró alrededor de la habitación débilmente iluminada. Las paredes estaban cubiertas con ricas

tapicerías que representaban el Triunfo de la Belleza. Un gran armario, incrustado con ágata y lapislázuli, llenaba un rincón, y frente a la ventana estaba un curioso armario trabajado con paneles de laca de oro en polvo y mosaico, sobre el cual se colocaron algunos delicados vasos de cristal veneciano, y una copa de ónice de vetas oscuras. Amapolas pálidas estaban bordadas en la colcha de seda de la cama, como si hubieran caído de las manos cansadas del sueño, y altas cañas de marfil flautado sostenían el dosel de terciopelo, del cual brotaban grandes penachos de plumas de avestruz, como espuma blanca, al plateado pálido del techo entrecruzado. Un Narciso risueño de bronce verde sostenía un espejo pulido sobre su cabeza. Sobre la mesa estaba un cuenco plano de amatista.

Desde afuera podía ver la enorme cúpula de la catedral, que se erguía como una burbuja sobre las casas sombrías, y los cansados centinelas que iban y venían por la terraza brumosa junto al río. Lejos, en un huerto, un ruiseñor cantaba. Un ligero perfume de jazmín entraba por la ventana abierta. Se echó hacia atrás sus rizos marrones de la frente, y tomando un laúd, dejó que sus dedos vagaran por las cuerdas. Sus pesados párpados se cerraron, y una extraña languidez se apoderó de él. Nunca antes había sentido tan agudamente, o con tal exquisito gozo, la magia y el misterio de las cosas bellas.

Cuando el reloj de la torre dio la medianoche, tocó una campana, y sus pajes entraron y lo desvistieron con gran ceremonia, vertiendo agua de rosas sobre sus manos, y esparciendo flores en su almohada. Unos momentos después de que salieran de la habitación, se quedó dormido.

Y mientras dormía, soñó un sueño, y este fue su sueño.

Pensó que estaba de pie en un largo y bajo desván, en medio del zumbido y el estrépito de muchos telares. La escasa luz del día se asomaba por las ventanas enrejadas, y le mostraba las figuras demacradas de los tejedores inclinados sobre sus cajas. Niños pálidos y enfermizos estaban agachados en las enormes vigas

transversales. Mientras las lanzaderas atravesaban la urdimbre, levantaban los pesados batanes, y cuando las lanzaderas se detenían, dejaban caer los batanes y presionaban los hilos juntos. Sus caras estaban marcadas por el hambre, y sus delgadas manos temblaban y se estremecían. Algunas mujeres macilentas estaban sentadas en una mesa cosiendo. Un olor horrible llenaba el lugar. El aire era fétido y pesado, y las paredes goteaban y chorreaban con humedad.

El joven Rey se acercó a uno de los tejedores, y se paró junto a él y lo observó.

Y el tejedor lo miró con enojo y dijo: '¿Por qué me observas? ¿Eres un espía enviado por nuestro amo?'

'¿Quién es tu amo?' preguntó el joven Rey.

'¡Nuestro amo!' exclamó el tejedor, amargamente. 'Es un hombre como yo. De hecho, solo hay esta diferencia entre nosotros: que él viste ropa fina mientras yo voy en harapos, y que mientras yo estoy débil de hambre, él no sufre lo más mínimo de sobrealimentación.'

'La tierra es libre,' dijo el joven Rey, 'y tú no eres esclavo de nadie.'

'En la guerra,' respondió el tejedor, 'los fuertes hacen esclavos de los débiles, y en paz los ricos hacen esclavos de los pobres. Debemos trabajar para vivir, y nos dan salarios tan míseros que morimos. Laboramos para ellos todo el día, y ellos acumulan oro en sus arcas, y nuestros niños se marchitan antes de tiempo, y los rostros de aquellos a quienes amamos se vuelven duros y malvados. Pisamos las uvas, y otro bebe el vino. Sembramos el maíz, y nuestra propia mesa está vacía. Tenemos cadenas, aunque ningún ojo las ve; y somos esclavos, aunque los hombres nos llamen libres.'

'¿Es así con todos?' preguntó,

'Así es con todos,' respondió el tejedor, 'con los jóvenes tanto como con los viejos, con las mujeres tanto como con los hombres, con los niños pequeños tanto como con aquellos que están cargados

de años. Los comerciantes nos oprimen, y debemos hacer su voluntad. El sacerdote pasa montando y rezando sus cuentas, y nadie se preocupa por nosotros. Por nuestras callejuelas sin sol se arrastra la Pobreza con sus ojos hambrientos, y el Pecado con su rostro empapado sigue de cerca tras ella. La Miseria nos despierta por la mañana, y la Vergüenza se sienta con nosotros por la noche. Pero, ¿qué son estas cosas para ti? Tú no eres uno de nosotros. Tu rostro es demasiado feliz.' Y se volvió de mal humor, y lanzó la lanzadera a través del telar, y el joven Rey vio que estaba enhebrada con un hilo de oro.

Y un gran terror se apoderó de él, y dijo al tejedor, '¿Qué túnica es esta que estás tejiendo?'

'Es la túnica para la coronación del joven Rey,' respondió; '¿qué te importa a ti?'

Y el joven Rey dio un grito fuerte y despertó, y he aquí que estaba en su propia cámara, y por la ventana vio la gran luna color de miel colgando en el aire oscuro.

Y se volvió a dormir y soñó, y este fue su sueño.

Pensó que estaba acostado en la cubierta de una enorme galera que era remada por cien esclavos. A su lado, sobre una alfombra, estaba sentado el amo de la galera. Era negro como el ébano, y su turbante era de seda carmesí. Grandes pendientes de plata tiraban de los gruesos lóbulos de sus orejas, y en sus manos tenía un par de balanzas de marfil.

Los esclavos estaban desnudos, excepto por un harapiento taparrabos, y cada hombre estaba encadenado a su vecino. El sol caliente brillaba intensamente sobre ellos, y los negros corrían arriba y abajo del pasillo y los azotaban con látigos de cuero. Estiraban sus delgados brazos y tiraban de los pesados remos a través del agua. La espuma salada volaba de las hojas.

Al fin llegaron a una pequeña bahía y comenzaron a sondear. Un ligero viento soplaba desde la costa y cubría la cubierta y la gran vela latina con un fino polvo rojo. Tres árabes montados en asnos

salvajes salieron y les lanzaron lanzas. El amo de la galera tomó un arco pintado en su mano y disparó a uno de ellos en la garganta. Cayó pesadamente en la resaca, y sus compañeros se alejaron galopando. Una mujer envuelta en un velo amarillo seguía lentamente en un camello, mirando de vez en cuando hacia atrás al cuerpo muerto.

Tan pronto como echaron ancla y arriaron la vela, los negros bajaron a la bodega y subieron una larga escalera de cuerda, pesadamente lastrada con plomo. El amo de la galera la lanzó por el costado, asegurando los extremos a dos estacas de hierro. Luego los negros agarraron al más joven de los esclavos y le quitaron las grilletes, y llenaron sus fosas nasales y sus oídos con cera, y le ataron una gran piedra alrededor de su cintura. Se deslizó penosamente por la escalera y desapareció en el mar. Unas pocas burbujas subieron donde se hundió. Algunos de los otros esclavos miraban curiosos por el costado. En la proa de la galera se sentaba un encantador de tiburones, golpeando monótonamente un tambor.

Después de un tiempo, el buzo emergió del agua y, jadeante, se aferró a la escalera con una perla en su mano derecha. Los negros se la arrebataron y lo empujaron de vuelta. Los esclavos se quedaron dormidos sobre sus remos.

Una y otra vez subía, y cada vez que lo hacía traía consigo una hermosa perla. El amo de la galera las pesaba y las ponía en una pequeña bolsa de cuero verde.

El joven Rey intentó hablar, pero su lengua parecía pegarse al paladar, y sus labios se negaban a moverse. Los negros charlaban entre ellos y empezaron a discutir por un collar de cuentas brillantes. Dos grullas volaban en círculos alrededor del barco.

Luego el buzo subió por última vez, y la perla que trajo consigo era más bella que todas las perlas de Ormuz, pues tenía la forma de la luna llena, y era más blanca que la estrella de la mañana. Pero su rostro estaba extrañamente pálido, y al caer en la cubierta, la sangre brotó de sus oídos y nariz. Se estremeció un poco, y luego quedó

inmóvil. Los negros se encogieron de hombros y arrojaron el cuerpo por la borda.

Y el amo de la galera se rió, y, extendiendo la mano, tomó la perla, y al verla la presionó contra su frente y se inclinó. 'Será,' dijo, 'para el cetro del joven Rey,' y hizo una señal a los negros para que levantaran el ancla.

Y cuando el joven Rey oyó esto dio un gran grito y despertó, y a través de la ventana vio los largos dedos grises del amanecer agarrando las estrellas que se desvanecían.

Y se volvió a dormir, y soñó, y este fue su sueño.

Pensó que vagaba por un bosque sombrío, colgado de extrañas frutas y hermosas flores venenosas. Las serpientes silbaban a su paso, y los brillantes loros volaban gritando de rama en rama. Enormes tortugas yacían dormidas sobre el lodo caliente. Los árboles estaban llenos de monos y pavos reales.

Siguió adelante, hasta que alcanzó las afueras del bosque, y allí vio una inmensa multitud de hombres trabajando en el lecho de un río seco. Se amontonaban en la roca como hormigas. Cavaban profundos hoyos en el suelo y descendían a ellos. Algunos de ellos hendían las rocas con grandes hachas; otros hurgaban en la arena.

Arrancaban el cactus de raíz y pisoteaban las flores escarlatas. Se apresuraban, llamándose unos a otros, y ningún hombre estaba ocioso.

Desde la oscuridad de una caverna, la Muerte y la Avaricia los observaban, y la Muerte dijo: 'Estoy cansada; dame un tercio de ellos y déjame ir.' Pero la Avaricia sacudió su cabeza. 'Son mis sirvientes,' respondió.

Y la Muerte le dijo: '¿Qué tienes en tu mano?'

'Tengo tres granos de maíz,' respondió ella; '¿qué te importa a ti?'

'Dame uno de ellos,' clamó la Muerte, 'para plantar en mi jardín; solo uno de ellos, y me iré.'

"No te daré nada", dijo la Avaricia, y escondió su mano en el pliegue de su vestidura.

Y la Muerte se rió, y tomó una copa, y la sumergió en un charco de agua, y de la copa surgió el Escalofrío. Pasó por entre la gran multitud, y un tercio de ellos quedó muerto. Una niebla fría la seguía, y las serpientes de agua corrían a su lado.

Y cuando la Avaricia vio que un tercio de la multitud estaba muerta, se golpeó el pecho y lloró. Se golpeó su estéril seno, y gritó en voz alta. "Has matado a un tercio de mis sirvientes", gritó, "vete de aquí. Hay guerra en las montañas de Tartaria, y los reyes de cada bando te llaman. Los afganos han matado al buey negro, y marchan a la batalla. Han golpeado sus escudos con sus lanzas, y se han puesto sus cascos de hierro. ¿Qué es mi valle para ti, para que te detengas en él? Vete, y no vuelvas más."

"No", respondió la Muerte, "pero hasta que no me hayas dado un grano de maíz, no me iré."

Pero la Avaricia cerró su mano y apretó los dientes. "No te daré nada", murmuró.

Y la Muerte se rió, y tomó una piedra negra, y la lanzó al bosque, y de un matorral de cicuta silvestre salió la Fiebre en una túnica de llamas. Pasó por entre la multitud, y tocó a los hombres, y cada hombre que tocó murió. La hierba se marchitaba bajo sus pies mientras caminaba.

Y la Avaricia tembló y se puso ceniza en la cabeza. "Eres cruel", gritó; "eres cruel. Hay hambre en las ciudades amuralladas de la India, y los cisternas de Samarcanda se han secado. Hay hambre en las ciudades amuralladas de Egipto, y las langostas han venido del desierto. El Nilo no ha desbordado sus orillas, y los sacerdotes han maldecido a Isis y Osiris. Vete a aquellos que te necesitan, y déjame a mis sirvientes."

"No", respondió la Muerte, "pero hasta que no me hayas dado un grano de maíz, no me iré."

"No te daré nada", dijo la Avaricia.

Y la Muerte se rió de nuevo, y silbó con sus dedos, y una mujer voló a través del aire. En su frente estaba escrito Peste, y un enjambre de buitres flacos giraba a su alrededor. Cubrió el valle con sus alas, y no quedó hombre vivo.

Y la Avaricia huyó gritando a través del bosque, y la Muerte saltó sobre su caballo rojo y galopó lejos, y su galope era más rápido que el viento.

Y del limo en el fondo del valle surgieron dragones y cosas horribles con escamas, y los chacales vinieron trotando por la arena, olfateando el aire con sus narices.

Y el joven Rey lloró, y dijo: "¿Quiénes eran estos hombres y qué buscaban?"

"Buscaban rubíes para la corona de un rey", respondió uno que estaba detrás de él.

Y el joven Rey se sobresaltó, y al darse vuelta, vio a un hombre vestido como peregrino y sosteniendo en su mano un espejo de plata.

Y se puso pálido, y dijo: "¿Para qué rey?"

Y el peregrino respondió: "Mira en este espejo, y lo verás."

Y miró en el espejo, y al ver su propio rostro, dio un gran grito y despertó, y el brillante sol estaba entrando en la habitación, y desde los árboles del jardín y del placer los pájaros cantaban.

Y el Chambelán y los altos oficiales de Estado entraron e hicieron reverencias ante él, y los pajes le trajeron la túnica de oro tejido, y colocaron la corona y el cetro delante de él.

Y el joven Rey los miró, y eran hermosos. Más hermosos eran de lo que jamás había visto. Pero recordó sus sueños, y dijo a sus señores: "Llevaos estas cosas, pues no las llevaré."

Y los cortesanos estaban asombrados, y algunos de ellos se rieron, pues pensaban que estaba bromeando.

Pero él les habló de nuevo con severidad, y dijo: "Llevaos estas cosas y escondedlas de mí. Aunque sea el día de mi coronación, no las llevaré. Pues en el telar de la Tristeza, y por las blancas manos del Dolor, ha sido tejida esta mi túnica. Hay Sangre en el corazón del rubí, y Muerte en el corazón de la perla." Y les contó sus tres sueños.

Y cuando los cortesanos los escucharon se miraron unos a otros y susurraron, diciendo: "Seguramente está loco; pues ¿qué es un sueño sino un sueño, y una visión sino una visión? No son cosas reales a las que uno deba prestarles atención. ¿Y qué tenemos nosotros que ver con las vidas de aquellos que trabajan para nosotros? ¿Acaso un hombre no comerá pan hasta que haya visto al sembrador, ni beberá vino hasta que haya hablado con el viñador?"

Y el Chambelán habló al joven Rey y dijo, 'Mi señor, te ruego que dejes a un lado estos pensamientos sombríos tuyos, y te pongas esta hermosa túnica, y coloques esta corona sobre tu cabeza. Pues, ¿cómo sabrá el pueblo que tú eres un rey, si no tienes el atuendo de un rey?'

Y el joven Rey lo miró. '¿Es así, de verdad?' preguntó. '¿No me conocerán como rey si no tengo el atuendo de un rey?'

'No te conocerán, mi señor', gritó el Chambelán.

'Yo había pensado que había hombres que eran reales por sí mismos', respondió, 'pero puede ser como tú dices. Y sin embargo, no me pondré esta túnica, ni seré coronado con esta corona, pero así como vine al palacio así saldré de él.'

Y ordenó a todos que lo dejaran, excepto a un paje a quien mantuvo como su compañero, un muchacho un año menor que él. A él lo mantuvo para su servicio, y cuando se había bañado en agua clara, abrió un gran baúl pintado, y de él sacó la túnica de cuero y la capa de piel de oveja áspera que había usado cuando había vigilado en la ladera las cabras lanudas del cabrero. Estas se puso, y en su mano tomó su bastón de pastor tosco.

Y el pequeño paje abrió sus grandes ojos azules de asombro y le dijo sonriendo, 'Mi señor, veo tu túnica y tu cetro, pero ¿dónde está tu corona?'

Y el joven Rey arrancó un espray de zarzamora salvaje que trepaba por el balcón, lo dobló y hizo un círculo de él, y se lo puso en su propia cabeza.

'Esta será mi corona', respondió.

Y así ataviado pasó de su cámara al Gran Salón, donde los nobles lo esperaban.

Y los nobles se regocijaron, y algunos de ellos le gritaron, 'Mi señor, el pueblo espera a su rey, y tú les muestras un mendigo,' y otros estaban enojados y dijeron, 'Nos trae vergüenza a nuestro estado, y no es digno de ser nuestro maestro.' Pero él no les respondió palabra, sino que pasó de largo, y bajó por la brillante escalera de púrpura, y salió por las puertas de bronce, y montó en su caballo, y cabalgó hacia la catedral, el pequeño paje corriendo a su lado.

Y la gente se rió y dijo, 'Es el bufón del Rey el que pasa montado,' y se burlaron de él.

Y él detuvo la marcha y dijo, 'No, sino que soy el Rey.' Y les contó sus tres sueños.

Y un hombre salió de la multitud y le habló con amargura, y dijo, 'Señor, ¿no sabes que de la lujuria de los ricos proviene la vida de los pobres? Por vuestro pompa nos alimentamos, y vuestros vicios nos dan pan. Trabajar para un amo duro es amargo, pero no tener amo para el cual trabajar es aún más amargo. ¿Piensas que los cuervos nos alimentarán? ¿Y qué cura tienes para estas cosas? ¿Dirás al comprador, "Deberás comprar por tanto," y al vendedor, "Deberás vender a este precio"? No lo creo. Por tanto, regresa a tu Palacio y ponte tu púrpura y lino fino. ¿Qué tienes tú que ver con nosotros, y lo que sufrimos?'

'¿No son los ricos y los pobres hermanos?' preguntó el joven Rey.

'Sí,' respondió el hombre, 'y el nombre del hermano rico es Caín.'

Y los ojos del joven Rey se llenaron de lágrimas, y cabalgó a través de los murmullos del pueblo, y el pequeño paje se asustó y lo dejó.

Y cuando llegó al gran portal de la catedral, los soldados extendieron sus alabardas y dijeron, '¿Qué buscas aquí? Nadie entra por esta puerta sino el Rey.'

Y su rostro se enrojeció de ira, y les dijo, 'Yo soy el Rey,' y apartó sus alabardas y pasó adentro.

Y cuando el viejo Obispo lo vio venir vestido de cabrero, se levantó asombrado de su trono, fue a su encuentro y le dijo: "Hijo mío, ¿es esta la vestimenta de un rey? ¿Y con qué corona te coronaré, y qué cetro pondré en tu mano? Seguramente este debería ser para ti un día de alegría, y no un día de humillación."

"¿Debería la Alegría llevar lo que el Dolor ha forjado?" dijo el joven Rey. Y le contó sus tres sueños.

Y cuando el Obispo los oyó, frunció el ceño y dijo: "Hijo mío, soy un hombre viejo, en el invierno de mis días, y sé que muchas cosas malas se hacen en el ancho mundo. Los feroces ladrones bajan de las montañas, y se llevan a los pequeños niños, y los venden a los Moros. Los leones acechan a las caravanas y se lanzan sobre los camellos. El jabalí salvaje remueve el maíz en el valle, y los zorros roen las viñas en la colina. Los piratas asolan la costa marina y queman los barcos de los pescadores, y les quitan sus redes. En los pantanos salinos viven los leprosos; tienen casas de cañas tejidas, y nadie puede acercárseles. Los mendigos vagan por las ciudades y comen su alimento con los perros. ¿Puedes hacer que estas cosas no sean? ¿Tomarás al leproso por tu compañero de cama, y al mendigo por tu compañero de mesa? ¿Hará el león tu voluntad, y el jabalí salvaje te obedecerá? ¿No es Él quien hizo la miseria más sabio que tú? Por lo tanto, no te alabo por lo que has hecho, pero te ordeno que vuelvas al Palacio, alegras tu rostro y te pongas la vestimenta que conviene a un rey, y con la corona de oro te coronaré, y el cetro

de perla pondré en tu mano. Y en cuanto a tus sueños, no pienses más en ellos. La carga de este mundo es demasiado grande para que un hombre la soporte, y el dolor del mundo demasiado pesado para que un corazón lo sufra."

"¿Dices eso en esta casa?" dijo el joven Rey, y pasó por delante del Obispo, y subió los escalones del altar, y se paró frente a la imagen de Cristo.

Se paró frente a la imagen de Cristo, y a su derecha y a su izquierda estaban los maravillosos vasos de oro, el cáliz con el vino amarillo, y el frasco con el santo óleo. Se arrodilló frente a la imagen de Cristo, y las grandes velas ardían brillantemente junto al relicario joyado, y el humo del incienso se rizaba en delgadas espirales azules a través de la cúpula. Inclino su cabeza en oración, y los sacerdotes en sus rígidas capas se alejaron del altar.

Y de repente, un tumulto salvaje vino desde la calle exterior, y entraron los nobles con espadas desenvainadas y plumas que asentían, y escudos de acero pulido. "¿Dónde está este soñador de sueños?" gritaron. "¿Dónde está este Rey que está vestido como un mendigo, este muchacho que trae vergüenza a nuestro estado? Seguramente lo mataremos, pues no es digno de gobernarnos."

Y el joven Rey inclinó su cabeza de nuevo, y oró, y cuando terminó su oración se levantó, y volviéndose los miró tristemente.

Y he aquí que a través de las ventanas pintadas entraba la luz del sol sobre él, y los rayos del sol tejieron a su alrededor una túnica tejida que era más hermosa que la túnica que había sido hecha para su placer. El bastón muerto floreció, y dio lirios que eran más blancos que las perlas. El espinoso seco floreció, y dio rosas que eran más rojas que los rubíes. Más blancos que las finas perlas eran los lirios, y sus tallos eran de brillante plata. Más rojas que los rubíes machos eran las rosas, y sus hojas eran de oro batido.

Se paró allí en el atuendo de un rey, y las puertas del relicario joyado se abrieron de par en par, y desde el cristal del ostensorio de muchos rayos brilló una luz maravillosa y mística. Se paró allí en un

atuendo real, y la Gloria de Dios llenó el lugar, y los santos en sus nichos tallados parecían moverse. En el hermoso atuendo de un rey se paró frente a ellos, y el órgano desató su música, y los trompetistas soplaron sus trompetas, y los niños cantores cantaron.

Y la gente se arrodilló en asombro, y los nobles enfundaron sus espadas e hicieron homenaje, y el rostro del Obispo se volvió pálido, y sus manos temblaron. "Un ser mayor que yo te ha coronado", gritó, y se arrodilló ante él.

Y el joven Rey bajó del alto altar, y pasó a casa a través de en medio del pueblo. Pero ningún hombre se atrevió a mirar su rostro, pues era como el rostro de un ángel.

EL CUMPLEAÑOS DE LA INFANTA

Era el cumpleaños de la Infanta. Tenía justo doce años de edad, y el sol brillaba con fuerza en los jardines del palacio.

Aunque era una verdadera Princesa y la Infanta de España, solo tenía un cumpleaños cada año, justo como los hijos de la gente muy pobre, así que era naturalmente un asunto de gran importancia para todo el país que ella tuviera un día realmente magnífico para la ocasión. Y un día realmente magnífico fue ciertamente. Los altos tulipanes rayados se mantenían erguidos sobre sus tallos, como largas filas de soldados, y miraban desafiantemente a través del césped a las rosas, diciendo: 'Somos tan espléndidos como ustedes ahora'. Las mariposas moradas revoloteaban con polvo dorado en

sus alas, visitando cada flor por turno; los pequeños lagartos salían de las grietas de la pared, y se tumbaban a tomar el sol en el resplandor blanco; y las granadas se partían y crujían con el calor, mostrando sus corazones rojos sangrantes. Incluso los limones pálidos amarillos, que colgaban en tal profusión del enrejado enmohecido y a lo largo de las arcadas tenues, parecían haber capturado un color más rico del maravilloso sol, y los árboles de magnolia abrían sus grandes flores globulares de marfil plegado, llenando el aire con un perfume dulce y pesado.

La pequeña Princesa misma caminaba arriba y abajo por la terraza con sus compañeros, y jugaba al escondite alrededor de las vasijas de piedra y las antiguas estatuas cubiertas de musgo. En días ordinarios solo se le permitía jugar con niños de su propio rango, así que siempre tenía que jugar sola, pero su cumpleaños era una excepción, y el Rey había dado órdenes de que invitara a cualquier amigo joven que ella quisiera para que vinieran a divertirse con ella. Había una elegancia majestuosa en estos delgados niños españoles mientras se deslizaban, los chicos con sus sombreros de grandes plumas y capas cortas ondeantes, las chicas sosteniendo las colas de sus largos vestidos brocados, y protegiéndose el sol de los ojos con enormes abanicos de negro y plata. Pero la Infanta era la más grácil de todos, y la más elegantemente ataviada, tras la moda algo pesada de la época. Su vestido era de satén gris, la falda y las amplias mangas abullonadas estaban pesadamente bordadas con plata, y el corpiño rígido estaba tachonado con filas de finas perlas. Dos pequeños zapatitos con grandes lazos rosados asomaban bajo su vestido mientras caminaba. Rosa y perla era su gran abanico de gasa, y en su cabello, que como un aureola de oro desvanecido sobresalía rígidamente alrededor de su pequeño rostro pálido, tenía una hermosa rosa blanca.

Desde una ventana en el palacio, el triste y melancólico Rey los observaba. Detrás de él estaba su hermano, Don Pedro de Aragón, a quien odiaba, y su confesor, el Gran Inquisidor de Granada, se sentaba a su lado. El Rey estaba más triste de lo habitual, pues al mirar a la Infanta haciendo reverencias con infantil seriedad a los

condes que se reunían, o riendo detrás de su abanico a la sombría Duquesa de Albuquerque que siempre la acompañaba, pensaba en la joven Reina, su madre, quien hace poco tiempo —así le parecía— había venido del alegre país de Francia, y se había marchitado en el sombrío esplendor de la corte española, muriendo solo seis meses después del nacimiento de su hija, y antes de haber visto florecer los almendros dos veces en el huerto, o haber recogido el fruto del segundo año del viejo higuera nudosa que estaba en el centro del ahora cubierto de hierba patio. Tan grande había sido su amor por ella que no había permitido ni siquiera que la tumba la ocultara de él. Había sido embalsamada por un médico morisco, quien a cambio de este servicio había sido concedido su vida, la cual por herejía y sospecha de prácticas mágicas ya había sido, se decía, entregada al Santo Oficio, y su cuerpo todavía yacía sobre su catafalco tapizado en la capilla de mármol negro del Palacio, justo como los monjes la habían llevado ese ventoso día de marzo casi doce años antes. Una vez cada mes, el Rey, envuelto en una capa oscura y con una linterna amortiguada en la mano, entraba y se arrodillaba a su lado llamándola, '¡Mi reina! ¡Mi reina!' y a veces, rompiendo el protocolo formal que en España rige cada acción separada de la vida, y pone límites incluso al dolor de un Rey, agarraba las pálidas manos joyadas en una agonía salvaje de duelo, e intentaba despertar con sus besos desesperados el frío rostro pintado.

Hoy le parecía verla de nuevo, como la había visto por primera vez en el Castillo de Fontainebleau, cuando él tenía solo quince años de edad, y ella aún más joven. Habían sido formalmente comprometidos en esa ocasión por el Nuncio Papal en presencia del Rey de Francia y toda la Corte, y él había regresado al Escorial llevando consigo un pequeño rizo de cabello amarillo, y el recuerdo de dos labios infantiles inclinándose para besar su mano mientras él subía a su carruaje. Más tarde había seguido el matrimonio, apresuradamente realizado en Burgos, un pequeño pueblo en la frontera entre los dos países, y la gran entrada pública en Madrid con la celebración habitual de la misa alta en la Iglesia de La Atocha, y un auto-da-fé más solemne de lo habitual, en el que casi

trescientos herejes, entre los cuales había muchos ingleses, habían sido entregados al brazo secular para ser quemados.

Ciertamente, la había amado locamente, y para la ruina, muchos pensaban, de su país, entonces en guerra con Inglaterra por la posesión del imperio del Nuevo Mundo. Apenas había permitido que ella se alejara de su vista; por ella, había olvidado, o parecía haber olvidado, todos los graves asuntos de Estado; y, con esa terrible ceguera que la pasión impone a sus siervos, no logró notar que las elaboradas ceremonias con las que buscaba complacerla solo agravaban la extraña enfermedad de la que ella padecía. Cuando murió, estuvo, por un tiempo, como privado de razón. De hecho, no hay duda de que habría abdicado formalmente y se habría retirado al gran monasterio Trapense en Granada, del cual ya era Prior titular, si no hubiera temido dejar a la pequeña Infanta a merced de su hermano, cuya crueldad, incluso en España, era notoria, y quien fue sospechado por muchos de haber causado la muerte de la Reina mediante un par de guantes envenenados que le había regalado con motivo de su visita a su castillo en Aragón. Incluso después de la expiración de los tres años de luto público que había ordenado en todos sus dominios por edicto real, nunca permitió que sus ministros hablaran sobre una nueva alianza, y cuando el propio Emperador le envió una propuesta, ofreciéndole la mano de la encantadora Archiduquesa de Bohemia, su sobrina, en matrimonio, ordenó a los embajadores decir a su señor que el Rey de España ya estaba casado con la Tristeza, y que aunque ella fuera una novia estéril, la amaba más que a la Belleza; una respuesta que le costó a su corona las ricas provincias de los Países Bajos, que poco después, por instigación del Emperador, se rebelaron contra él bajo el liderazgo de algunos fanáticos de la Iglesia Reformada.

Toda su vida matrimonial, con sus alegrías de colores fieros y brillantes y el terrible agonía de su abrupto final, parecía volver a él hoy mientras observaba a la Infanta jugando en la terraza. Ella tenía toda la encantadora petulancia de maneras de la Reina, la misma forma voluntariosa de lanzar su cabeza hacia atrás, la misma boca hermosamente curvada y orgullosa, la misma maravillosa sonrisa—

vrai sourire de France, de hecho—mientras de vez en cuando miraba hacia la ventana, o estiraba su manita para que los estatuarios caballeros españoles la besaran. Pero la risa aguda de los niños le irritaba los oídos, y el brillante sol implacable se burlaba de su dolor, y un tedioso olor a especias extrañas, especias como las que usan los embalsamadores, parecía contaminar—o era imaginación—el aire claro de la mañana. Enterró su rostro en sus manos, y cuando la Infanta miró hacia arriba de nuevo, las cortinas se habían corrido, y el Rey se había retirado.

Ella hizo un pequeño mohín de decepción y se encogió de hombros. Seguramente él podría haberse quedado con ella en su cumpleaños. ¿Qué importaban los estúpidos asuntos de Estado? ¿O se había ido a esa sombría capilla, donde siempre estaban ardiendo las velas, y donde a ella nunca le permitían entrar? ¡Qué tonto de su parte, cuando el sol brillaba tan intensamente, y todo el mundo estaba tan feliz! Además, se perdería la corrida de toros simulada por la cual ya estaban sonando las trompetas, por no hablar del espectáculo de títeres y las otras cosas maravillosas. Su tío y el Gran Inquisidor eran mucho más sensatos. Habían salido a la terraza y le habían hecho bonitos cumplidos. Así que ella lanzó su bonita cabeza hacia atrás, y tomando a Don Pedro de la mano, caminó lentamente por las escaleras hacia un largo pabellón de seda morada que había sido erigido al final del jardín, los otros niños siguiendo en estricto orden de precedencia, aquellos que tenían los nombres más largos iban primero.

Una procesión de nobles muchachos, fantásticamente vestidos de toreros, salió a su encuentro, y el joven Conde de Tierra-Nueva, un muchacho maravillosamente guapo de unos catorce años de edad, descubriendo su cabeza con toda la gracia de un hidalgo nato y grande de España, la condujo solemnemente a una pequeña silla de marfil y dorada que estaba colocada en un estrado elevado por encima de la arena. Los niños se agruparon alrededor, agitando sus grandes abanicos y susurrándose unos a otros, y Don Pedro y el Gran Inquisidor se quedaron riendo en la entrada. Incluso la Duquesa —la Camarera Mayor, como se le llamaba—, una mujer

delgada de rasgos duros con un cuello amarillo, no parecía tan malhumorada como de costumbre, y algo parecido a una sonrisa fría se deslizó por su rostro arrugado y movió sus delgados labios sin sangre.

Ciertamente fue una corrida de toros maravillosa, y mucho más agradable, pensó la Infanta, que la verdadera corrida de toros a la que había sido llevada a ver en Sevilla, con motivo de la visita del Duque de Parma a su padre. Algunos de los muchachos danzaban sobre caballitos de juguete ricamente adornados blandiendo largas lanzas con alegres cintas de colores brillantes unidas a ellas; otros iban a pie ondeando sus capas escarlatas frente al toro, y saltando ligeramente sobre la barrera cuando este les embestía; y en cuanto al toro mismo, era justo como un toro vivo, aunque solo estaba hecho de mimbre y piel estirada, y a veces insistía en correr alrededor de la arena sobre sus patas traseras, lo cual ningún toro vivo jamás sueña con hacer. Hizo también una espléndida pelea, y los niños se emocionaron tanto que se pusieron de pie sobre los bancos, y agitaban sus pañuelos de encaje y gritaban: ¡Bravo toro! ¡Bravo toro! justo tan sensatamente como si hubieran sido personas adultas. Al final, sin embargo, después de un prolongado combate, durante el cual varios de los caballitos de juguete fueron corneados de lado a lado, y sus jinetes desmontados, el joven Conde de Tierra-Nueva llevó al toro a sus rodillas, y habiendo obtenido permiso de la Infanta para dar el golpe de gracia, clavó su espada de madera en el cuello del animal con tal violencia que la cabeza se desprendió, y reveló la cara sonriente del pequeño Monsieur de Lorraine, el hijo del Embajador Francés en Madrid.

La arena fue entonces despejada entre muchos aplausos, y los caballitos de juguete muertos fueron arrastrados solemnemente por dos pajes moros en libreas amarillas y negras, y tras un breve interludio, durante el cual un maestro de posturas francés actuó en la cuerda floja, algunos títeres italianos aparecieron en la tragedia semi-clásica de Sofonisba en el escenario de un pequeño teatro que había sido construido para ello. Actuaron tan bien, y sus gestos fueron tan extremadamente naturales, que al final de la obra los

ojos de la Infanta estaban bastante empañados de lágrimas. De hecho, algunos de los niños realmente lloraron, y tuvieron que ser consolados con dulces, y el mismo Gran Inquisidor estaba tan afectado que no pudo evitar decirle a Don Pedro que le parecía intolerable que cosas hechas simplemente de madera y cera coloreada, y manejadas mecánicamente por cables, pudieran ser tan infelices y enfrentar desgracias tan terribles.

Un malabarista africano siguió, quien trajo una gran cesta plana cubierta con un paño rojo, y habiéndola colocado en el centro de la arena, sacó de su turbante una curiosa flauta de caña, y sopló a través de ella. En unos momentos el paño comenzó a moverse, y a medida que la flauta se volvía más aguda, dos serpientes verdes y doradas sacaron sus extrañas cabezas en forma de cuña y se levantaron lentamente, balanceándose de un lado a otro con la música como una planta se balancea en el agua. Los niños, sin embargo, estaban bastante asustados por sus capuchas moteadas y lenguas rápidas y movedizas, y estuvieron mucho más complacidos cuando el malabarista hizo crecer un pequeño naranjo del arenal que dio bonitas flores blancas y racimos de fruta real; y cuando tomó el abanico de la pequeña hija del Marqués de Las-Torres, y lo transformó en un pájaro azul que voló alrededor del pabellón y cantó, su deleite y asombro no conocieron límites. El solemne minué, también, realizado por los niños bailarines de la iglesia de Nuestra Señora Del Pilar, fue encantador. La Infanta nunca antes había visto esta maravillosa ceremonia que tiene lugar cada año en mayo frente al altar mayor de la Virgen, y en su honor; y de hecho ninguno de la familia real de España había entrado en la gran catedral de Zaragoza desde que un sacerdote loco, supuesto por muchos haber estado al servicio de Isabel de Inglaterra, intentó administrar una oblea envenenada al Príncipe de Asturias. Así que solo había conocido por referencias el 'Baile de Nuestra Señora', como se llamaba, y ciertamente era una vista hermosa. Los chicos vestían antiguos trajes de corte de terciopelo blanco, y sus curiosos sombreros de tres picos estaban adornados con flecos de plata y coronados con enormes plumas de avestruz, el deslumbrante

blancor de sus trajes, mientras se movían bajo el sol, siendo aún más acentuado por sus rostros morenos y largos cabellos negros. Todos quedaron fascinados por la grave dignidad con la que se movían a través de las intrincadas figuras de la danza, y por la elaborada gracia de sus lentos gestos, y reverencias majestuosas, y cuando habían terminado su actuación y se quitaron sus grandes sombreros emplumados ante la Infanta, ella reconoció su reverencia con mucha cortesía, y hizo una promesa de que enviaría una gran vela de cera al santuario de Nuestra Señora del Pilar en agradecimiento por el placer que le había proporcionado.

Una tropa de guapos egipcios —como se llamaba a los gitanos en aquellos tiempos— avanzó entonces a la arena, y sentándose con las piernas cruzadas, en círculo, comenzaron a tocar suavemente sus cítaras, moviendo sus cuerpos al compás de la música, y tarareando, casi sin aliento, una melodía baja y soñadora. Cuando avistaron a Don Pedro fruncieron el ceño hacia él, y algunos de ellos parecían aterrorizados, pues solo unas semanas antes había mandado ahorcar a dos de su tribu por brujería en la plaza del mercado en Sevilla, pero la bonita Infanta los encantó mientras se inclinaba hacia atrás asomándose sobre su abanico con sus grandes ojos azules, y ellos se sintieron seguros de que alguien tan encantadora como ella nunca podría ser cruel con nadie. Así que tocaron muy suavemente, tocando apenas las cuerdas de las cítaras con sus largas uñas puntiagudas, y sus cabezas comenzaron a inclinarse como si se estuvieran quedando dormidos. De repente, con un grito tan agudo que todos los niños se sobresaltaron y la mano de Don Pedro se agarró al pomo de ágata de su daga, saltaron a sus pies y giraron locamente alrededor del recinto golpeando sus panderetas, y cantando una extraña canción de amor en su extraño idioma gutural. Luego, a otra señal, todos se lanzaron de nuevo al suelo y yacieron allí completamente quietos, siendo el monótono rasgueo de las cítaras el único sonido que rompía el silencio. Después de haber hecho esto varias veces, desaparecieron por un momento y regresaron llevando a un oso marrón lanudo con una cadena, y cargando en sus hombros algunos pequeños monos de Berbería. El

oso se paró de cabeza con la mayor gravedad, y los monos arrugados realizaron todo tipo de trucos divertidos con dos muchachos gitanos que parecían ser sus maestros, y lucharon con pequeñas espadas, y dispararon armas de fuego, y realizaron un ejercicio de soldado regular justo como la propia guardia del Rey. De hecho, los gitanos tuvieron un gran éxito.

Pero la parte más divertida de todo el entretenimiento de la mañana fue, sin duda, el baile del pequeño Enano. Cuando tropezó en la arena, avanzando con sus piernas torcidas y balanceando su enorme cabeza deforme de un lado a otro, los niños estallaron en una fuerte exclamación de deleite, y la propia Infanta se rió tanto que la Camarera se vio obligada a recordarle que, aunque había muchos precedentes en España de una hija del Rey llorando ante sus iguales, no los había de una Princesa de sangre real divirtiéndose tanto ante aquellos que eran inferiores a ella por nacimiento. El Enano, sin embargo, era realmente irresistible, e incluso en la Corte Española, siempre conocida por su cultivada pasión por lo horrible, nunca se había visto un monstruito tan fantástico. También era su primera aparición. Había sido descubierto solo el día anterior, corriendo salvaje por el bosque, por dos de los nobles que habían estado cazando en una parte remota del gran bosque de alcornoques que rodeaba la ciudad, y había sido llevado por ellos al Palacio como una sorpresa para la Infanta; su padre, que era un pobre carbonero, estaba más que contento de deshacerse de un niño tan feo e inútil. Quizás lo más divertido de él era su completa inconsciencia de su propia apariencia grotesca. De hecho, parecía bastante feliz y lleno del mayor de los espíritus. Cuando los niños reían, él reía tan libre y alegremente como cualquiera de ellos, y al final de cada baile les hacía a cada uno la reverencia más graciosa, sonriendo y asintiendo con la cabeza a ellos justo como si realmente fuera uno de ellos, y no una pequeña cosa deformada que la Naturaleza, en algún estado de ánimo humorístico, había creado para que otros se burlaran. En cuanto a la Infanta, ella lo fascinó absolutamente. No podía quitarle los ojos de encima y parecía bailar solo para ella, y al final de la actuación, recordando cómo había visto

a las grandes damas de la Corte lanzar ramos a Caffarelli, el famoso contratenor italiano, a quien el Papa había enviado desde su propia capilla a Madrid para que pudiera curar la melancolía del Rey con la dulzura de su voz, ella sacó de su cabello la hermosa rosa blanca, y en parte por broma y en parte para fastidiar a la Camarera, se la lanzó a él a través de la arena con su sonrisa más dulce, él tomó el asunto completamente en serio, y presionando la flor contra sus ásperos y gruesos labios puso su mano sobre su corazón, y se hincó sobre una rodilla ante ella, sonriendo de oreja a oreja, y con sus pequeños ojos brillantes chispeando de placer.

Esto alteró tanto la seriedad de la Infanta que siguió riendo mucho después de que el pequeño Enano hubiera salido de la arena, y expresó a su tío el deseo de que el baile se repitiera inmediatamente. La Camarera, sin embargo, con el pretexto de que el sol estaba demasiado caliente, decidió que sería mejor que su Alteza regresara sin demora al Palacio, donde ya se había preparado un maravilloso festín para ella, incluyendo un verdadero pastel de cumpleaños con sus propias iniciales trabajadas por todo él en azúcar pintada y una hermosa bandera de plata ondeando desde la cima. La Infanta, en consecuencia, se levantó con mucha dignidad, y habiendo dado órdenes de que el pequeño enano bailara nuevamente para ella después de la hora de la siesta, y transmitido su agradecimiento al joven Conde de Tierra-Nueva por su encantadora recepción, volvió a sus apartamentos, seguida por los niños en el mismo orden en que habían entrado.

Ahora, cuando el pequeño Enano escuchó que iba a bailar una segunda vez ante la Infanta, y por su propio expreso mandato, estaba tan orgulloso que corrió al jardín, besando la rosa blanca en un absurdo éxtasis de placer, y haciendo los gestos de alegría más torpes y desmañados.

Las Flores estaban bastante indignadas de que se atreviera a irrumpir en su hermoso hogar, y cuando lo vieron brincando arriba y abajo por los senderos, y agitando sus brazos sobre su cabeza de

manera tan ridícula, no pudieron contener sus sentimientos por más tiempo.

'Es realmente demasiado feo como para permitirle jugar en cualquier lugar donde nosotras estemos,' gritaron los Tulipanes.

'Debería beber jugo de amapola y dormirse por mil años,' dijeron los grandes Lirios escarlatas, y se pusieron bastante calientes y enojados.

'¡Es un horror perfecto!' gritó el Cactus. 'Por qué, está torcido y es rechoncho, y su cabeza está completamente fuera de proporción con sus piernas. Realmente me hace sentirme espinosa por completo, y si se acerca a mí lo picaré con mis espinas.'

'Y realmente tiene una de mis mejores flores,' exclamó el Árbol de Rosa Blanca. 'Se la di a la Infanta esta mañana yo misma, como un regalo de cumpleaños, y él la ha robado de ella.' Y llamó: '¡Ladrón, ladrón, ladrón!' en la cima de su voz.

Incluso los Geranios rojos, quienes no solían darse aires, y se sabía que tenían muchas relaciones pobres ellos mismos, se enrollaron en disgusto cuando lo vieron, y cuando las Violetas humildemente remarcaron que aunque ciertamente era extremadamente feo, todavía no podía evitarlo, ellas respondieron con bastante justicia que ese era su principal defecto, y que no había razón para admirar a una persona porque era incurable; y, de hecho, algunas de las Violetas mismas sintieron que la fealdad del pequeño Enano era casi ostentosa, y que hubiera mostrado mucho mejor gusto si hubiera lucido triste, o al menos pensativo, en lugar de saltar alegremente, y lanzarse a sí mismo en actitudes tan grotescas y tontas.

En cuanto al viejo Reloj de Sol, quien era un individuo extremadamente notable, y que una vez había dado la hora del día a nada menos que al Emperador Carlos V. en persona, quedó tan sorprendido por la apariencia del pequeño Enano, que casi olvidó marcar dos minutos enteros con su largo dedo sombrío, y no pudo evitar decirle al gran Pavo Real blanco como la leche, que se estaba

asoleando en la balaustrada, que todo el mundo sabía que los hijos de los Reyes eran Reyes, y que los hijos de los carboneros eran carboneros, y que era absurdo pretender que no fuera así; una afirmación con la que el Pavo Real estuvo completamente de acuerdo, e incluso gritó, "Ciertamente, ciertamente", con una voz tan alta y áspera, que los peces dorados que vivían en la cuenca de la fresca fuente burbujeante sacaron sus cabezas del agua, y preguntaron a los enormes Tritones de piedra qué diablos pasaba.

Pero de alguna manera a las Aves les gustaba. Lo habían visto a menudo en el bosque, bailando como un elfo tras las hojas que giraban en el aire, o acurrucado en el hueco de algún viejo roble, compartiendo sus nueces con las ardillas. No les importaba en lo más mínimo que fuera feo. Por qué, incluso el ruiseñor, que cantaba tan dulcemente en los naranjales por la noche que a veces la Luna se inclinaba para escuchar, después de todo no era mucho para mirar; y, además, había sido amable con ellos, y durante aquel invierno terriblemente amargo, cuando no había bayas en los árboles, y el suelo estaba duro como hierro, y los lobos habían bajado hasta las mismas puertas de la ciudad en busca de comida, nunca los había olvidado, sino que siempre les había dado migajas de su pequeño mendrugo de pan negro, y compartido con ellos lo poco que tenía para desayunar.

Así que volaron alrededor de él, rozando apenas su mejilla con sus alas al pasar, y charlaron entre ellos, y el pequeño Enano estaba tan complacido que no pudo evitar mostrarles la hermosa rosa blanca, y contarles que la propia Infanta se la había dado porque lo amaba.

No entendieron ni una sola palabra de lo que decía, pero eso no importaba, pues inclinaron sus cabezas a un lado, y miraron sabiamente, lo cual es tan bueno como entender algo, y mucho más fácil.

Las Lagartijas también tomaron un inmenso cariño por él, y cuando se cansó de correr de un lado para otro y se tiró en el césped para descansar, jugaron y brincaron sobre él, e intentaron entretenerlo de la mejor manera que pudieron. "No todos pueden

ser tan hermosos como una lagartija," gritaron; "eso sería demasiado esperar. Y, aunque suene absurdo decirlo, realmente no es tan feo después de todo, siempre que, por supuesto, uno cierre los ojos y no lo mire." Las Lagartijas eran por naturaleza extremadamente filosóficas, y a menudo se sentaban a pensar durante horas y horas juntas, cuando no había nada más que hacer, o cuando el clima estaba demasiado lluvioso para que pudieran salir.

Sin embargo, las Flores estaban excesivamente molestas por su comportamiento, y por el comportamiento de los pájaros. "Solo muestra," dijeron, "qué efecto vulgarizador tiene este constante correr y volar. La gente bien educada siempre permanece exactamente en el mismo lugar, como nosotros. Nadie nunca nos vio saltando arriba y abajo por los senderos, o galopando locamente por el césped tras las libélulas. Cuando queremos cambio de aire, llamamos al jardinero, y él nos lleva a otra cama. Esto es digno, y como debería ser. Pero los pájaros y las lagartijas no tienen sentido de reposo, y de hecho los pájaros ni siquiera tienen una dirección permanente. Son meros vagabundos como los gitanos, y deberían ser tratados de exactamente la misma manera." Así que levantaron sus narices al aire, y se veían muy altivos, y estuvieron bastante encantados cuando después de algún tiempo vieron al pequeño Enano levantarse del césped, y hacer su camino a través de la terraza hacia el palacio.

"Ciertamente debería ser mantenido en el interior por el resto de su vida natural," dijeron. "Mira su espalda encorvada, y sus piernas torcidas," y comenzaron a reír entre dientes.

Pero el pequeño Enano no sabía nada de todo esto. Le gustaban inmensamente los pájaros y los lagartos, y pensaba que las flores eran las cosas más maravillosas del mundo entero, excepto, por supuesto, la Infanta, pero entonces ella le había dado la hermosa rosa blanca, y lo amaba, y eso hacía una gran diferencia. ¡Cómo deseaba haber vuelto con ella! Ella lo habría colocado en su mano derecha, y le habría sonreído, y él nunca habría dejado su lado, sino que la habría hecho su compañera de juegos, y le habría enseñado

todo tipo de trucos encantadores. Aunque nunca había estado en un palacio antes, conocía muchas cosas maravillosas. Podía hacer pequeñas jaulas de juncos para que cantaran los saltamontes, y moldear el bambú largo y articulado en la flauta que Pan ama escuchar. Conocía el canto de cada pájaro, y podía llamar a los estorninos desde la copa de los árboles, o la garza desde el lago. Sabía el rastro de cada animal, y podía seguir al conejo por sus delicadas huellas, y al jabalí por las hojas pisoteadas. Conocía todas las danzas salvajes, la danza loca en vestimenta roja con el otoño, la danza ligera en sandalias azules sobre el maíz, la danza con guirnaldas de nieve blanca en invierno, y la danza de las flores a través de los huertos en primavera. Sabía dónde las palomas torcaces construían sus nidos, y una vez, cuando un cazador había atrapado a los pájaros padres, él había criado a los jóvenes él mismo, y había construido un pequeño palomar para ellos en la hendidura de un olmo. Eran bastante dóciles, y solían alimentarse de su mano todas las mañanas. A ella le gustarían, y los conejos que corrían por el largo helecho, y los arrendajos con sus plumas de acero y picos negros, y los erizos que podían enrollarse en bolas espinosas, y las grandes sabias tortugas que se arrastraban lentamente, sacudiendo sus cabezas y mordisqueando las hojas jóvenes. Sí, ella debía venir ciertamente al bosque a jugar con él. Le daría su propia pequeña cama, y vigilaría fuera de la ventana hasta el amanecer, para ver que el ganado salvaje con cuernos no la lastimara, ni los lobos flacos se acercaran demasiado a la cabaña. Y al amanecer, golpearía las contraventanas para despertarla, y saldrían a bailar juntos todo el día. Realmente no era nada solitario en el bosque. A veces, un Obispo cabalgaba a través del bosque en su mula blanca, leyendo de un libro pintado. En ocasiones, con sus gorras de terciopelo verde y sus jubones de piel de ciervo curtida, pasaban los cetreros, con halcones encapuchados en sus muñecas. En época de vendimia llegaban los pisadores de uvas, con manos y pies morados, coronados con hiedra brillante y cargando pieles goteantes de vino; y los carboneros se sentaban alrededor de sus grandes braseros por la noche, observando los troncos secos carbonizarse lentamente en el fuego, y asando castañas en las

cenizas, y los ladrones salían de sus cuevas y se alegraban con ellos. Una vez, también, había visto una hermosa procesión serpenteando por el largo camino polvoriento hacia Toledo. Los monjes iban al frente cantando dulcemente, y llevando brillantes banderas y cruces de oro, y luego, en armaduras de plata, con arcabuces y picas, venían los soldados, y en su medio caminaban tres hombres descalzos, en extraños vestidos amarillos pintados por completo con figuras maravillosas, y llevando velas encendidas en sus manos. Ciertamente había mucho que ver en el bosque, y cuando ella estuviera cansada, él encontraría para ella un suave banco de musgo, o la llevaría en sus brazos, pues era muy fuerte, aunque sabía que no era alto. Le haría un collar de bayas de bryonia roja, que sería tan bonito como las bayas blancas que ella llevaba en su vestido, y cuando se cansara de ellas, podría tirarlas, y él le encontraría otras. Le traería copas de bellotas y anémonas empapadas en rocío, y pequeñas luciérnagas para ser estrellas en el oro pálido de su cabello.

Pero, ¿dónde estaba ella? Le preguntó a la rosa blanca, y no le dio respuesta. Todo el palacio parecía dormido, e incluso donde las contraventanas no habían sido cerradas, se habían corrido pesadas cortinas a través de las ventanas para mantener fuera el resplandor. Vagó por todas partes buscando algún lugar por el cual pudiera ganar entrada, y al final avistó una pequeña puerta privada que estaba abierta. Se deslizó por ella y se encontró en un espléndido salón, mucho más espléndido, temía, que el bosque, había mucho más dorado por todas partes, e incluso el suelo estaba hecho de grandes piedras de colores, encajadas en una especie de patrón geométrico. Pero la pequeña Infanta no estaba allí, solo algunas maravillosas estatuas blancas que lo miraban desde sus pedestales de jaspe, con ojos tristes y vacíos y labios extrañamente sonrientes.

Al final del salón colgaba una rica cortina bordada de terciopelo negro, espolvoreada con soles y estrellas, los dispositivos favoritos del Rey, y bordada en el color que más amaba. ¿Quizás ella se escondía detrás de eso? Lo intentaría de todos modos.

Así que se desplazó silenciosamente y la apartó. No; solo había otra habitación, aunque una habitación más bonita, pensó, que la que acababa de dejar. Las paredes estaban cubiertas con un tapiz de arras verde de muchas figuras, representando una cacería, obra de algunos artistas flamencos que habían pasado más de siete años en su composición. Antes había sido la cámara de Jean le Fou, como se le llamaba, aquel rey loco que estaba tan enamorado de la caza, que a menudo había intentado en su delirio montar los enormes caballos encabritados, y arrastrar al ciervo sobre el que los grandes sabuesos estaban saltando, sonando su cuerno de caza, y apuñalando con su daga al pálido ciervo en fuga. Ahora se usaba como la sala del consejo, y en la mesa central yacían los portafolios rojos de los ministros, sellados con los tulipanes dorados de España, y con las armas y emblemas de la casa de Habsburgo.

El pequeño Enano miró con asombro a su alrededor, y tenía medio miedo de continuar. Los extraños jinetes silenciosos que galopaban tan rápidamente a través de los largos claros sin hacer ruido, le parecían como esos terribles fantasmas de los cuales había oído hablar a los carboneros: los Comprachicos, que cazan solo de noche, y si se encuentran con un hombre, lo convierten en ciervo y lo persiguen. Pero pensó en la bonita Infanta y tomó valor. Quería encontrarla sola y decirle que él también la amaba. Quizás ella estuviera en la habitación de más allá.

Corrió a través de las suaves alfombras moriscas y abrió la puerta. ¡No! Ella tampoco estaba aquí. La habitación estaba completamente vacía.

Era una sala del trono, utilizada para la recepción de embajadores extranjeros, cuando el Rey, lo que últimamente no había sido frecuente, accedía a darles audiencia personal; la misma sala en la que, muchos años antes, enviados habían aparecido de Inglaterra para hacer arreglos para el matrimonio de su Reina, entonces una de las soberanas católicas de Europa, con el hijo mayor del Emperador. Los tapices eran de cuero de Córdoba dorado, y un pesado candelabro dorado con ramas para trescientas luces de cera

colgaba del techo blanco y negro. Debajo de un gran dosel de tela de oro, en el que los leones y torres de Castilla estaban bordados con perlas de semilla, se encontraba el trono mismo, cubierto con un rico palio de terciopelo negro tachonado con tulipanes de plata y elaboradamente adornado con flecos de plata y perlas. En el segundo escalón del trono estaba colocado el taburete de arrodillarse de la Infanta, con su cojín de tela de plata, y debajo de eso nuevamente, y más allá del límite del dosel, estaba la silla para el Nuncio Papal, quien solo tenía el derecho de estar sentado en presencia del Rey en ocasión de cualquier ceremonial público, y cuyo sombrero de Cardenal, con sus enredadas borlas escarlatas, yacía sobre un taburete púrpura al frente. En la pared, frente al trono, colgaba un retrato a tamaño natural de Carlos V en traje de caza, con un gran mastín a su lado, y una imagen de Felipe II recibiendo el homenaje de los Países Bajos ocupaba el centro de la otra pared. Entre las ventanas se encontraba un gabinete negro de ébano, incrustado con placas de marfil, en las que se habían grabado las figuras de la Danza de la Muerte de Holbein, por la mano, decían algunos, del famoso maestro mismo.

Pero al pequeño Enano no le importaba nada toda esta magnificencia. No habría dado su rosa por todas las perlas del dosel, ni un solo pétalo blanco de su rosa por el trono mismo. Lo que quería era ver a la Infanta antes de que bajara al pabellón, y pedirle que se fuera con él cuando hubiera terminado su baile. Aquí, en el Palacio, el aire era cerrado y pesado, pero en el bosque el viento soplaba libre, y la luz del sol con manos errantes de oro movía las hojas temblorosas a un lado. También había flores en el bosque, no tan espléndidas, quizás, como las flores en el jardín, pero más dulcemente perfumadas por todo eso; jacintos a principios de primavera que inundaban con púrpura ondulante las frescas hondonadas y colinas cubiertas de hierba; primaveras amarillas que se anidaban en pequeños grupos alrededor de las raíces nudosas de los robles; celidonia brillante, verónica azul, e iris lila y oro. Había amentos grises en los avellanos, y las digitales se inclinaban bajo el peso de sus celdas moteadas frecuentadas por abejas. El castaño

tenía sus espigas de estrellas blancas, y el espino sus pálidas lunas de belleza. Sí: seguramente vendría si él pudiera encontrarla. Ella vendría con él al justo bosque, y todo el día bailarían para su deleite. Una sonrisa iluminó sus ojos al pensarlo, y pasó a la siguiente habitación.

De todas las habitaciones, esta era la más luminosa y la más hermosa. Las paredes estaban cubiertas con un damasco de Lucca de flores rosas, estampado con pájaros y salpicado de delicadas flores de plata; los muebles eran de plata maciza, adornados con guirnaldas floridas y Cupidos balanceantes; frente a las dos grandes chimeneas se erguían grandes pantallas bordadas con loros y pavos reales, y el suelo, que era de ónix verde mar, parecía extenderse lejos hacia la distancia. No estaba solo. De pie bajo la sombra de la puerta, en el extremo más lejano de la habitación, vio una pequeña figura observándolo. Su corazón tembló, un grito de alegría brotó de sus labios, y se movió hacia la luz del sol. Al hacerlo, la figura también se movió, y la vio claramente.

¡La Infanta! Era un monstruo, el monstruo más grotesco que jamás había contemplado. No estaba bien formado, como todas las demás personas, sino jorobado y con extremidades torcidas, con una enorme cabeza ladeada y una melena de cabello negro. El pequeño Enano frunció el ceño, y el monstruo también lo hizo. Él rió, y este rió con él, y se llevó las manos a los costados, justo como él mismo estaba haciendo. Le hizo una reverencia burlona, y este le devolvió una reverencia baja. Se acercó a él, y este vino a su encuentro, copiando cada paso que hacía, y deteniéndose cuando él mismo se detenía. Gritó de diversión, y corrió hacia adelante, y extendió su mano, y la mano del monstruo tocó la suya, y era tan fría como el hielo. Se asustó, y movió su mano hacia un lado, y la mano del monstruo la siguió rápidamente. Intentó avanzar, pero algo suave y duro lo detuvo. La cara del monstruo estaba ahora cerca de la suya, y parecía llena de terror. Se apartó el cabello de los ojos. Este lo imitó. Le golpeó, y este devolvió golpe por golpe. Lo aborrecía, y este le hacía caras horribles. Retrocedió, y este se retiró.

¿Qué es? Pensó por un momento, y miró alrededor del resto de la habitación. Era extraño, pero todo parecía tener su doble en esta pared invisible de agua clara. Sí, imagen por imagen se repetía, y sofá por sofá. El Fauno dormido que yacía en la alcoba junto a la puerta tenía su hermano gemelo que dormitaba, y la Venus de plata que estaba en la luz del sol extendía sus brazos a una Venus tan encantadora como ella misma.

¿Era Eco? Una vez la había llamado en el valle, y ella le había respondido palabra por palabra. ¿Podría burlarse del ojo, así como se burlaba de la voz? ¿Podría crear un mundo de imitación justo como el mundo real? ¿Podrían las sombras de las cosas tener color, vida y movimiento? ¿Podría ser que--?

Él se sobresaltó, y tomando de su pecho la hermosa rosa blanca, se giró y la besó. El monstruo tenía su propia rosa, ipétalo por pétalo igual! La besó con besos similares y la presionó contra su corazón con gestos horribles.

Cuando la verdad se le reveló, dio un grito salvaje de desesperación y cayó sollozando al suelo. Así que era él quien estaba deformado y jorobado, repugnante a la vista y grotesco. Él mismo era el monstruo, y era de él de quien todos los niños se habían estado riendo, y la pequeña Princesa a quien él había pensado que amaba, también había estado simplemente burlándose de su fealdad y riéndose de sus miembros torcidos. ¿Por qué no lo habían dejado en el bosque, donde no había espejo que le dijera lo repulsivo que era? ¿Por qué su padre no lo había matado, en lugar de venderlo para su vergüenza? Las lágrimas calientes corrían por sus mejillas, y rompió la rosa blanca en pedazos. El monstruo esparcido hizo lo mismo y esparció los pétalos tenues en el aire. Se arrastró por el suelo, y cuando él lo miró, lo observó con una cara dibujada por el dolor. Se arrastró lejos, para no verlo, y se cubrió los ojos con las manos. Se arrastró, como alguna criatura herida, hacia la sombra, y yacía allí gimiendo.

Y en ese momento la Infanta misma entró con sus compañeras por la ventana abierta, y cuando vieron al feo enanito yaciendo en el

suelo y golpeando el piso con sus manos apretadas, de la manera más fantástica y exagerada, rompieron en gritos de risa feliz, y se pararon alrededor de él para observarlo.

"Su baile fue divertido", dijo la Infanta; "pero su actuación es aún más divertida. De hecho, es casi tan bueno como los títeres, solo que por supuesto no tan natural". Y ella agitó su gran abanico y aplaudió.

Pero el pequeño Enano nunca levantó la vista, y sus sollozos se volvieron más débiles y débiles, y de repente dio un extraño jadeo y se agarró el costado. Y luego cayó de nuevo y yacía completamente inmóvil.

"Eso es excelente", dijo la Infanta, después de una pausa; "pero ahora debes bailar para mí".

"Sí", gritaron todos los niños, "debes levantarte y bailar, porque eres tan ingenioso como los monos de Berbería, y mucho más ridículo". Pero el pequeño Enano no dio ninguna respuesta.

Y la Infanta golpeó el suelo con su pie y llamó a su tío, que caminaba por la terraza con el Camarero, leyendo algunos despachos que acababan de llegar de México, donde recientemente se había establecido el Santo Oficio. "Mi gracioso pequeño enano está enfurruñado", gritó, "debes despertarlo y decirle que baile para mí".

Ellos se sonrieron el uno al otro y entraron paseando, y Don Pedro se inclinó y abofeteó al Enano en la mejilla con su guante bordado. "Debes bailar", dijo, "petit monstre. Debes bailar. La Infanta de España y las Indias desea ser entretenida".

Pero el pequeño Enano nunca se movió.

"Se debería llamar a un maestro de azotes", dijo Don Pedro con cansancio, y volvió a la terraza. Pero el Camarero miró grave, y se arrodilló junto al pequeño enano, y puso su mano sobre su corazón. Y después de unos momentos, se encogió de hombros, y se levantó, y habiendo hecho una reverencia baja a la Infanta, dijo:

"Mi bella Princesa, su gracioso pequeño enano nunca bailará de nuevo. Es una lástima, pues es tan feo que podría haber hecho sonreír al Rey."

"¿Pero por qué no bailará de nuevo?" preguntó la Infanta, riendo.

"Porque su corazón está roto", respondió el Camarero.

Y la Infanta frunció el ceño, y sus delicados labios de pétalo de rosa se curvaron en un desdén bonito. "Para el futuro, que aquellos que vengan a jugar conmigo no tengan corazones", gritó, y corrió hacia el jardín.

EL PESCADOR Y SU ALMA

Cada tarde, el joven Pescador salía al mar y lanzaba sus redes al agua.

Cuando el viento soplaba desde tierra, no atrapaba nada o, en el mejor de los casos, muy poco, pues era un viento amargo y de alas negras, y olas bravas se levantaban para enfrentarlo. Pero cuando el viento soplaba hacia la costa, los peces venían desde lo profundo y nadaban hacia las mallas de sus redes, y él los llevaba al mercado y los vendía.

Cada tarde salía al mar, y una tarde la red era tan pesada que apenas podía arrastrarla hasta el bote. Y se rió y se dijo a sí mismo: "Seguramente he capturado a todos los peces que nadan, o atrapé a algún monstruo torpe que será una maravilla para los hombres, o

alguna cosa de horror que la gran Reina deseará", y poniendo todo su esfuerzo, tiró de las cuerdas gruesas hasta que, como líneas de esmalte azul alrededor de un jarrón de bronce, las largas venas se levantaron en sus brazos. Tiró de las cuerdas delgadas, y más y más cerca vino el círculo de corchos planos, y al fin la red subió a la superficie del agua.

Pero no había ningún pez en ella, ni monstruo ni cosa de horror, sino solo una pequeña Sirena yacía dormida profundamente.

Su cabello era como un vellón mojado de oro, y cada cabello separado como un hilo de fino oro en una copa de vidrio. Su cuerpo era como marfil blanco, y su cola era de plata y perla. De plata y perla era su cola, y las verdes algas del mar se enroscaban alrededor de ella; y como conchas marinas eran sus orejas, y sus labios eran como coral marino. Las frías olas chocaban sobre sus fríos pechos, y la sal brillaba sobre sus párpados.

Tan hermosa era que cuando el joven Pescador la vio, se llenó de asombro, y extendió su mano y acercó la red a él, y inclinándose sobre el costado, la tomó en sus brazos. Y cuando la tocó, ella dio un grito como de una gaviota asustada, y despertó, y lo miró con terror con sus ojos de amatista malva, y luchó para escapar. Pero él la sostuvo firmemente contra él, y no permitió que se fuera.

Y cuando ella vio que de ninguna manera podía escapar de él, comenzó a llorar, y dijo: "Te ruego que me dejes ir, pues soy la única hija de un Rey, y mi padre es anciano y está solo".

Pero el joven Pescador respondió: "No te dejaré ir a menos que me hagas una promesa de que siempre que te llame, vendrás y cantarás para mí, pues a los peces les encanta escuchar la canción del Pueblo del Mar, y así mis redes estarán llenas".

"¿Me dejarás ir de verdad si te prometo esto?", gritó la Sirena.

"De verdad te dejaré ir", dijo el joven Pescador.

Así que ella le hizo la promesa que él deseaba, y la juró por el juramento del Pueblo del Mar. Y él soltó sus brazos de alrededor de

ella, y ella se hundió en el agua, temblando con un extraño temor.

Cada tarde, el joven Pescador salía al mar y llamaba a la Sirena, y ella surgía del agua y cantaba para él. Alrededor de ella nadaban los delfines, y las gaviotas salvajes giraban sobre su cabeza.

Y ella cantó una canción maravillosa. Pues cantó sobre el Pueblo del Mar que conduce sus rebaños de cueva en cueva y lleva a los pequeños terneros sobre sus hombros; sobre los Tritones que tienen largas barbas verdes, pechos peludos y soplan a través de caracolas torcidas cuando pasa el Rey; sobre el palacio del Rey que es todo de ámbar, con un techo de esmeralda transparente y un pavimento de perla brillante; y sobre los jardines del mar donde los grandes abanicos de coral filigranado se mecen todo el día, y los peces se disparan como pájaros de plata, y las anémonas se aferran a las rocas, y las clavelinas brotan en la arena amarilla acanalada. Cantó sobre las grandes ballenas que vienen desde los mares del norte y tienen agudos carámbanos colgando de sus aletas; sobre las Sirenas que cuentan cosas tan maravillosas que los mercaderes tienen que taparse los oídos con cera para no escucharlas, y saltar al agua y ahogarse; sobre las galeras hundidas con sus altos mástiles, y los marineros congelados aferrándose a los aparejos, y los caballos de mar nadando dentro y fuera de las portillas abiertas; sobre los pequeños percebes que son grandes viajeros y se aferran a las quillas de los barcos y dan la vuelta al mundo; y sobre los calamares que viven en los lados de los acantilados y extienden sus largos brazos negros, y pueden hacer que llegue la noche cuando ellos lo desean. Cantó sobre el nautilus que tiene su propio bote tallado de ópalo y dirigido con una vela de seda; sobre los felices Tritones que tocan arpas y pueden encantar al gran Kraken para que duerma; sobre los pequeños niños que se agarran de los resbaladizos delfines y montan riendo sobre sus espaldas; sobre las Sirenas que yacen en la espuma blanca y extienden sus brazos a los marineros; y sobre los leones marinos con sus colmillos curvos, y los caballos de mar con sus crines flotantes.

Y mientras ella cantaba, todos los atunes venían desde lo profundo para escucharla, y el joven Pescador lanzaba sus redes alrededor de ellos y los capturaba, y a otros los tomaba con una lanza. Y cuando su barco estaba bien cargado, la Sirena se hundía de nuevo en el mar, sonriéndole.

Sin embargo, ella nunca se acercaba tanto como para que él pudiera tocarla. Muchas veces la llamaba y le rogaba, pero ella no accedía; y cuando intentaba atraparla, se sumergía en el agua como lo haría una foca, ni la veía de nuevo ese día. Y cada día el sonido de su voz se hacía más dulce para sus oídos. Tan dulce era su voz que olvidaba sus redes y su astucia, y no se preocupaba por su oficio. Con aletas de bermellón y ojos de oro abultado, los atunes pasaban en bancos, pero él no les hacía caso. Su lanza yacía a su lado sin usar, y sus cestas de mimbre estaban vacías. Con los labios entreabiertos y los ojos empañados de asombro, se sentaba ocioso en su barco y escuchaba, escuchando hasta que la niebla marina lo rodeaba, y la luna errante teñía sus miembros morenos de plata.

Y una tarde la llamó y dijo: "Pequeña Sirena, pequeña Sirena, te amo. Tómame por tu esposo, pues te amo".

Pero la Sirena sacudió su cabeza. "Tienes un alma humana," respondió. "Si solo pudieras enviar lejos tu alma, entonces podría amarte."

Y el joven Pescador se dijo a sí mismo, "¿De qué me sirve mi alma? No puedo verla. No puedo tocarla. No la conozco. Seguramente la enviaré lejos de mí, y mucha alegría será mía." Y un grito de júbilo brotó de sus labios, y de pie en el bote pintado, extendió sus brazos hacia la Sirena. "Enviaré mi alma lejos," gritó, "y tú serás mi novia, y yo seré tu novio, y en la profundidad del mar viviremos juntos, y todo lo que has cantado me lo mostrarás, y todo lo que desees lo haré, ni nuestras vidas estarán divididas."

Y la pequeña Sirena rió por el placer y escondió su rostro entre sus manos.

"Pero, ¿cómo enviaré mi alma lejos de mí?" gritó el joven Pescador. "Dime cómo puedo hacerlo, y ¡mira! será hecho."

"¡Ay! No lo sé," dijo la pequeña Sirena: "el Pueblo del Mar no tiene almas." Y se hundió en lo profundo, mirándolo anhelantemente.

Ahora, temprano en la mañana siguiente, antes de que el sol estuviera a la altura de la mano de un hombre sobre la colina, el joven Pescador fue a la casa del Sacerdote y golpeó tres veces a la puerta.

El novicio miró a través de la mirilla, y cuando vio quién era, echó hacia atrás el pestillo y le dijo, "Entra."

Y el joven Pescador pasó y se arrodilló sobre los juncos olorosos del suelo, y lloró al Sacerdote que estaba leyendo el Libro Sagrado y le dijo, "Padre, estoy enamorado de una del Pueblo del Mar, y mi alma me impide tener mi deseo. Dime cómo puedo enviar mi alma lejos de mí, pues en verdad no la necesito. ¿De qué valor es mi alma para mí? No puedo verla. No puedo tocarla. No la conozco."

Y el Sacerdote se golpeó el pecho, y respondió, "¡Ay, ay, estás loco, o has comido de alguna hierba venenosa, pues el alma es la parte más noble del hombre, y nos fue dada por Dios para que la usemos noblemente. No hay nada más precioso que un alma humana, ni ninguna cosa terrenal que pueda ser comparada con ella. Vale todo el oro que está en el mundo, y es más preciosa que los rubíes de los reyes. Por lo tanto, hijo mío, no pienses más en este asunto, pues es un pecado que no puede ser perdonado. Y en cuanto al Pueblo del Mar, están perdidos, y aquellos que quieran traficar con ellos también están perdidos. Son como las bestias del campo que no conocen el bien del mal, y por ellos el Señor no ha muerto."

Los ojos del joven Pescador se llenaron de lágrimas al escuchar las duras palabras del Sacerdote, y se levantó de sus rodillas y le dijo: "Padre, los Faunos viven en el bosque y son felices, y sobre las rocas se sientan los Tritones con sus arpas de oro rojo. Déjame ser como ellos, te lo suplico, pues sus días son como los días de las flores. Y

en cuanto a mi alma, ¿de qué me sirve mi alma, si se interpone entre mí y lo que amo?"

"El amor por el cuerpo es vil", gritó el Sacerdote, frunciendo el ceño, "y vil y malvado son las cosas paganas que Dios permite vagar por Su mundo. Malditos sean los Faunos del bosque, y malditos sean los cantores del mar. Los he escuchado en la noche, y han intentado atraerme lejos de mis cuentas. Tocan en la ventana y se ríen. Susurran en mis oídos la historia de sus peligrosas alegrías. Me tientan con tentaciones, y cuando quisiera rezar, me hacen gestos burlones. Están perdidos, te lo digo, están perdidos. Para ellos no hay cielo ni infierno, y en ninguno alabarán el nombre de Dios."

"Padre", gritó el joven Pescador, "no sabes lo que dices. Una vez en mi red atrapé a la hija de un Rey. Es más bella que la estrella de la mañana, y más blanca que la luna. Por su cuerpo daría mi alma, y por su amor renunciaría al cielo. Dime lo que te pido, y déjame ir en paz."

"¡Fuera! ¡Fuera!" gritó el Sacerdote: "tu amante está perdida, y tú estarás perdido con ella."

Y no le dio su bendición, sino que lo expulsó de su puerta.

Y el joven Pescador bajó a la plaza del mercado, y caminó lentamente, y con la cabeza inclinada, como uno que está en dolor.

Y cuando los mercaderes lo vieron venir, comenzaron a susurrarse entre ellos, y uno de ellos salió a su encuentro y lo llamó por su nombre, y le dijo: "¿Qué tienes para vender?"

"Venderé mi alma", respondió. "Te ruego que me la compres, pues estoy cansado de ella. ¿De qué me sirve mi alma? No puedo verla. No puedo tocarla. No la conozco."

Pero los mercaderes se burlaron de él y dijeron: "¿De qué nos sirve el alma de un hombre? No vale un pedazo de plata recortado. Véndenos tu cuerpo como esclavo, y te vestiremos de púrpura marina, y pondremos un anillo en tu dedo, y te haremos el favorito

de la gran Reina. Pero no hables del alma, pues para nosotros no es nada, ni tiene ningún valor para nuestro servicio."

Y el joven Pescador se dijo a sí mismo: "¡Qué extraña cosa es esta! El Sacerdote me dice que el alma vale todo el oro del mundo, y los mercaderes dicen que no vale un pedazo de plata recortado." Y salió de la plaza del mercado y bajó a la orilla del mar, y comenzó a reflexionar sobre qué debería hacer.

Y al mediodía recordó cómo uno de sus compañeros, que era recolector de salicornia, le había hablado de una cierta joven Bruja que vivía en una cueva en la cabeza de la bahía y era muy astuta en sus brujerías. Y se puso en marcha y corrió, tan ansioso estaba por deshacerse de su alma, y una nube de polvo lo seguía mientras corría por la arena de la orilla. Por el picor de su palma, la joven Bruja supo de su venida, y se rió y soltó su cabello rojo. Con su cabello rojo cayendo alrededor de ella, se paró en la entrada de la cueva, y en su mano tenía un ramo de cicuta silvestre que estaba floreciendo.

"¿Qué te falta? ¿Qué te falta?" gritaba ella, mientras él subía jadeante la empinada colina y se inclinaba ante ella. "¿Pescado para tu red, cuando el viento es adverso? Tengo una pequeña flauta de caña, y cuando soplo en ella los mújoles vienen navegando hacia la bahía. Pero tiene un precio, niño bonito, tiene un precio. ¿Qué te falta? ¿Qué te falta? ¿Una tormenta para destrozar los barcos y arrastrar los cofres del tesoro rico hacia la orilla? Tengo más tormentas que el viento, pues sirvo a uno que es más fuerte que el viento, y con un cedazo y un cubo de agua puedo enviar las grandes galeras al fondo del mar. Pero tengo un precio, niño bonito, tengo un precio. ¿Qué te falta? ¿Qué te falta? Conozco una flor que crece en el valle, nadie la conoce excepto yo. Tiene hojas púrpuras, y una estrella en su corazón, y su jugo es blanco como la leche. Si tocaras con esta flor los duros labios de la Reina, ella te seguiría por todo el mundo. Saldría del lecho del Rey y por todo el mundo te seguiría. Y tiene un precio, niño bonito, tiene un precio. ¿Qué te falta? ¿Qué te falta? Puedo triturar un sapo en un mortero, y hacer caldo de él, y

remover el caldo con la mano de un muerto. Espárcelo sobre tu enemigo mientras duermes, y se convertirá en una víbora negra, y su propia madre lo matará. Con una rueda puedo bajar la Luna del cielo, y en un cristal puedo mostrarte la Muerte. ¿Qué te falta? ¿Qué te falta? Dime tu deseo, y te lo daré, y me pagarás un precio, niño bonito, me pagarás un precio."

"Mi deseo es solo una pequeña cosa", dijo el joven Pescador, "aún así el Sacerdote se ha enojado conmigo y me ha expulsado. Es solo una pequeña cosa, y los mercaderes se han burlado de mí y me han negado. Por eso he venido a ti, aunque los hombres te llamen malvada, y pagaré tu precio sea cual sea."

"¿Qué deseas?" preguntó la Bruja, acercándose a él.

"Quiero enviar mi alma lejos de mí", respondió el joven Pescador.

La Bruja se puso pálida, tembló y ocultó su rostro en su manto azul. "Niño bonito, niño bonito", murmuró, "eso es algo terrible de hacer."

Él arrojó hacia atrás sus rizos marrones y se rió. "Mi alma no me importa", respondió. "No puedo verla. No puedo tocarla. No la conozco."

"¿Qué me darás si te lo digo?" preguntó la Bruja, mirándolo hacia abajo con sus hermosos ojos.

"Cinco piezas de oro", dijo él, "y mis redes, y la casa de mimbre donde vivo, y el bote pintado en el que navego. Solo dime cómo deshacerme de mi alma, y te daré todo lo que poseo."

Ella se rió burlescamente de él y lo golpeó con el spray de cicuta. "Puedo convertir las hojas de otoño en oro", respondió, "y puedo tejer los pálidos rayos de luna en plata si así lo deseas. Aquel a quien sirvo es más rico que todos los reyes de este mundo, y posee sus dominios."

"¿Qué te daré entonces", gritó él, "si tu precio no es ni oro ni plata?"

La Bruja acarició su cabello con su delgada mano blanca. "Debes bailar conmigo, niño bonito", murmuró, y sonrió al hablarle.

"¿Nada más que eso?" exclamó el joven Pescador asombrado y se puso de pie.

"Nada más que eso", respondió ella, y le sonrió de nuevo.

"Entonces al atardecer en algún lugar secreto bailaremos juntos", dijo él, "y después de que hayamos bailado me dirás lo que deseo saber."

Ella negó con la cabeza. "Cuando la luna esté llena, cuando la luna esté llena", murmuró. Luego miró a su alrededor y escuchó. Un pájaro azul se levantó gritando de su nido y giró sobre las dunas, y tres pájaros moteados se movieron a través de la gruesa hierba gris y se silbaron el uno al otro. No había otro sonido excepto el de una ola quejándose contra los suaves guijarros abajo. Así que extendió su mano, lo atrajo hacia ella y puso sus secos labios cerca de su oído.

"Esta noche debes venir a la cima de la montaña", susurró. "Es un Sabbath, y Él estará allí."

El joven Pescador se sobresaltó y la miró, y ella mostró sus dientes blancos y se rió. "¿Quién es Él de quien hablas?" preguntó.

"No importa", respondió ella. "Ve esta noche, y quédate bajo las ramas del carpe, y espera mi llegada. Si un perro negro corre hacia ti, golpéalo con una vara de sauce, y se irá. Si un búho te habla, no le hagas ninguna respuesta. Cuando la luna

esté llena, estaré contigo, y bailaremos juntos sobre el césped."

"¿Pero jurarás decirme cómo puedo enviar mi alma lejos de mí?" preguntó él.

Ella se movió hacia la luz del sol, y a través de su cabello rojo ondeó el viento. "Por las pezuñas de la cabra lo juro", respondió.

"Tú eres la mejor de las brujas", exclamó el joven Pescador, "y ciertamente bailaré contigo esta noche en la cima de la montaña."

Ojalá me hubieras pedido oro o plata. Pero tal como es tu precio, lo tendrás, pues es sólo una pequeña cosa". Y se quitó su gorra ante ella, inclinó su cabeza baja y regresó corriendo a la ciudad lleno de una gran alegría.

Y la Bruja lo observó mientras se iba, y cuando él había desaparecido de su vista, entró en su cueva, y habiendo tomado un espejo de una caja de madera de cedro tallado, lo colocó en un marco, y quemó verbena sobre carbón encendido frente a él, y miró a través de los remolinos del humo. Y después de un tiempo, apretó sus manos de rabia. "Debería haber sido mío", murmuró, "soy tan bella como ella".

Y esa noche, cuando la luna había salido, el joven Pescador subió a la cima de la montaña y se quedó bajo las ramas del carpe. Como un escudo de metal pulido, el mar redondo yacía a sus pies, y las sombras de los botes de pesca se movían en la pequeña bahía. Un gran búho, con ojos amarillos sulfurosos, lo llamó por su nombre, pero él no le dio respuesta. Un perro negro corrió hacia él y gruñó. Lo golpeó con una vara de sauce, y se fue lloriqueando.

A medianoche, las brujas vinieron volando por el aire como murciélagos. "¡Puf!" gritaron, al aterrizar en el suelo, "¡hay alguien aquí que no conocemos!" y olfatearon alrededor, y charlaron entre ellas, y hicieron señas. La última en llegar fue la joven Bruja, con su cabello rojo ondeando en el viento. Llevaba un vestido de tejido dorado bordado con ojos de pavo real, y en su cabeza tenía un pequeño gorro de terciopelo verde.

"¿Dónde está, dónde está?" chillaron las brujas cuando la vieron, pero ella solo se rió, corrió hacia el carpe y, tomando al Pescador de la mano, lo llevó fuera a la luz de la luna y comenzó a bailar.

Giraban y giraban, y la joven Bruja saltaba tan alto que él podía ver los tacones escarlata de sus zapatos. Entonces, justo a través de los bailarines, llegó el sonido del galope de un caballo, pero no se veía ningún caballo, y él sintió miedo.

"Más rápido", gritó la Bruja, y echó sus brazos alrededor de su cuello, y su aliento era caliente sobre su rostro. "¡Más rápido, más rápido!" gritó, y la tierra parecía girar bajo sus pies, y su cerebro se turbó, y un gran terror cayó sobre él, como si alguna cosa malvada lo estuviera observando, y al fin se dio cuenta de que bajo la sombra de una roca había una figura que no había estado allí antes.

Era un hombre vestido con un traje de terciopelo negro, cortado al estilo español. Su rostro era extrañamente pálido, pero sus labios eran como una orgullosa flor roja. Parecía cansado, y estaba recostado jugueteando de manera indiferente con el pomo de su daga. En la hierba junto a él yacía un sombrero emplumado, y un par de guantes de montar guarnecidos con encaje dorado y cosidos con perlas sembradas formando un curioso diseño. Un corto capote forrado de sables colgaba de su hombro, y sus delicadas manos blancas estaban adornadas con anillos. Pesados párpados caían sobre sus ojos.

El joven Pescador lo observaba, como si estuviera atrapado en un hechizo. Al final, sus ojos se encontraron, y dondequiera que bailaba, le parecía que los ojos del hombre estaban puestos en él. Oyó reír a la Bruja, la agarró por la cintura y la hizo girar locamente.

De repente, un perro ladró en el bosque, y los bailarines se detuvieron, y yendo de dos en dos, se arrodillaron y besaron las manos del hombre. Al hacerlo, una pequeña sonrisa tocó sus orgullosos labios, como el ala de un pájaro toca el agua y la hace reír. Pero había desdén en ella. Siguió mirando al joven Pescador.

"¡Ven! adoremos", susurró la Bruja, y lo llevó hacia allá, y un gran deseo de hacer lo que ella le pedía se apoderó de él, y la siguió. Pero cuando se acercó, y sin saber por qué lo hizo, hizo en su pecho la señal de la Cruz y llamó al santo nombre.

Tan pronto como lo hizo, las brujas gritaron como halcones y volaron lejos, y el rostro pálido que lo había estado observando se retorció con un espasmo de dolor. El hombre fue hacia un pequeño bosque y silbó. Un jinete con arreos de plata vino corriendo a su

encuentro. Al saltar sobre la silla se giró, y miró al joven Pescador tristemente.

Y la Bruja con el cabello rojo intentó volar también, pero el Pescador la atrapó por las muñecas y la sujetó firmemente.

"Suéltame", gritó, "y déjame ir. Pues has nombrado lo que no debe ser nombrado, y mostrado la señal que no puede ser mirada."

"No", respondió él, "pero no te dejaré ir hasta que me hayas contado el secreto."

"¿Qué secreto?" dijo la Bruja, luchando con él como un gato salvaje, y mordiendo sus labios espumosos.

"Tú lo sabes", respondió él.

Sus ojos verdes como la hierba se empañaron de lágrimas, y le dijo al Pescador, "Pregúntame cualquier cosa menos eso."

Él se rió y la sujetó aún más fuerte.

Y cuando vio que no podía liberarse, le susurró: "Seguramente soy tan hermosa como las hijas del mar, y tan atractiva como aquellas que habitan en las aguas azules", y se le acercó y puso su rostro cerca del suyo.

Pero él la empujó hacia atrás frunciendo el ceño, y le dijo: "Si no cumples la promesa que me hiciste, te mataré por bruja falsa."

Ella se volvió gris como una flor del árbol de Judas, y tembló. "Que así sea", murmuró. "Es tu alma y no la mía. Haz con ella lo que quieras." Y le dio un pequeño cuchillo que tenía en su cinturón, con un mango de piel de víbora verde.

"¿Para qué me servirá esto?" preguntó él, maravillado.

Ella guardó silencio por unos momentos, y una mirada de terror cruzó su rostro. Luego se echó el cabello hacia atrás desde su frente, y sonriendo extrañamente le dijo: "Lo que los hombres llaman la sombra del cuerpo no es la sombra del cuerpo, sino el cuerpo del alma. Párate en la orilla del mar con tu espalda hacia la

luna, y corta de alrededor de tus pies tu sombra, que es el cuerpo de tu alma, y ordena a tu alma que te abandone, y lo hará."

El joven Pescador tembló. "¿Es esto verdad?" murmuró.

"Es verdad, y desearía no haberte hablado de ello", gritó ella, y se aferró a sus rodillas llorando.

Él la apartó de sí y la dejó en la hierba alta, y yendo al borde de la montaña colocó el cuchillo en su cinturón y comenzó a descender.

Y su Alma que estaba dentro de él le llamó y dijo: "¡Mira! He habitado contigo todos estos años y he sido tu sierva. No me envíes lejos de ti ahora, pues ¿qué mal te he hecho?"

Y el joven Pescador se rió. "No me has hecho ningún mal, pero no tengo necesidad de ti", respondió. "El mundo es amplio, y también existen el Cielo y el Infierno, y esa casa crepuscular y difusa que yace entre ambos. Ve donde quieras, pero no me molestes, pues mi amor me está llamando."

Y su Alma le suplicó lastimeramente, pero él no le hizo caso, sino que saltó de peñasco en peñasco, siendo tan ágil como una cabra montés, y al fin alcanzó el suelo llano y la orilla amarilla del mar.

Broncíneo y bien formado, como una estatua forjada por un griego, se paró en la arena con su espalda hacia la luna, y de la espuma salieron brazos blancos que le hacían señas, y de las olas surgieron formas difusas que le rendían homenaje. Ante él yacía su sombra, que era el cuerpo de su alma, y detrás de él colgaba la luna en el aire teñido de color de miel.

Y su Alma le dijo: "Si en verdad debes expulsarme, no me envíes sin un corazón. El mundo es cruel, dame tu corazón para llevar conmigo."

Él movió su cabeza y sonrió. "¿Con qué amaría a mi amor si te diera mi corazón?" exclamó.

"No seas cruel", dijo su Alma: "dame tu corazón, pues el mundo es muy cruel, y tengo miedo."

"Mi corazón es de mi amor", respondió él, "por lo tanto no te demores, y vete."

"¿No debería amar también?" preguntó su Alma.

"Vete, pues no tengo necesidad de ti", gritó el joven Pescador, y tomó el pequeño cuchillo con su mango de piel de víbora verde, y cortó su sombra de alrededor de sus pies, y esta se levantó y se paró frente a él, y lo miró, y era tal como él mismo.

Retrocedió, y clavó el cuchillo en su cinturón, y un sentimiento de asombro lo invadió. "Vete", murmuró, "y no dejes que vea tu rostro nunca más."

"No, pero debemos encontrarnos de nuevo", dijo el Alma. Su voz era baja y flautina, y sus labios apenas se movían mientras hablaba.

"¿Cómo nos encontraremos?" gritó el joven Pescador. "¿No me seguirás hasta las profundidades del mar?"

"Una vez cada año vendré a este lugar y te llamaré", dijo el Alma. "Puede ser que necesites de mí."

"¿Qué necesidad tendría yo de ti?" gritó el joven Pescador, "pero sea como tú quieras", y se sumergió en las aguas y los Tritones soplaron sus cuernos y la pequeña Sirena se elevó para encontrarlo, y puso sus brazos alrededor de su cuello y lo besó en la boca.

Y el Alma se quedó en la solitaria playa y los observó. Y cuando ellos habían descendido al mar, se fue llorando por los pantanos.

Y después de que un año había pasado, el Alma bajó a la orilla del mar y llamó al joven Pescador, y él salió de lo profundo, y dijo, "¿Por qué me llamas?"

Y el Alma respondió, "Acércate, para que pueda hablar contigo, pues he visto cosas maravillosas."

Así que se acercó, y se acuclilló en el agua poco profunda, y apoyó su cabeza en su mano y escuchó.

Y el Alma le dijo, "Cuando te dejé, giré mi rostro hacia el Este y viajé. Del Este viene todo lo que es sabio. Viajé seis días, y en la

mañana del séptimo día llegué a una colina que está en el país de los tártaros. Me senté bajo la sombra de un árbol de tamarisco para protegerme del sol. La tierra estaba seca y quemada por el calor. La gente iba y venía por la llanura como moscas arrastrándose sobre un disco de cobre pulido.

'Cuando era mediodía, una nube de polvo rojo se levantó del borde plano de la tierra. Cuando los tártaros la vieron, tensaron sus arcos pintados, y habiendo saltado sobre sus pequeños caballos galoparon para encontrarse con ella. Las mujeres huyeron gritando a los carros, y se escondieron detrás de las cortinas de fieltro.

'Al crepúsculo, los tártaros regresaron, pero faltaban cinco de ellos, y de los que volvieron no pocos habían sido heridos. Engancharon sus caballos a los carros y se alejaron apresuradamente. Tres chacales salieron de una cueva y los observaron. Luego olfatearon el aire con sus narices, y trotaron en la dirección opuesta.

'Cuando la luna se levantó vi una fogata ardiendo en la llanura, y me dirigí hacia ella. Un grupo de comerciantes estaba sentado alrededor de ella sobre alfombras. Sus camellos estaban atados detrás de ellos, y los negros que eran sus sirvientes estaban montando tiendas de piel curtida sobre la arena, y haciendo un alto muro de la tuna.

'Cuando me acerqué a ellos, el jefe de los comerciantes se levantó y sacó su espada, y me preguntó mi negocio.

'Le respondí que era un Príncipe en mi propia tierra, y que había escapado de los tártaros, quienes habían buscado hacerme su esclavo. El jefe sonrió, y me mostró cinco cabezas fijadas en largas cañas de bambú.

'Luego me preguntó quién era el profeta de Dios, y yo le respondí que era Mahoma.

"Cuando escuché el nombre del falso profeta, se inclinó, me tomó de la mano y me colocó a su lado. Un negro me trajo leche de yegua en un plato de madera, y un trozo de carne de cordero asado. 'Al

amanecer comenzamos nuestro viaje. Monté en un camello de pelo rojo al lado del jefe, y un corredor corría delante de nosotros llevando una lanza. Los hombres de guerra iban a ambos lados, y las mulas seguían con la mercancía. Había cuarenta camellos en la caravana, y las mulas eran el doble de cuarenta en número.

'Pasamos del país de los tártaros al país de aquellos que maldicen a la Luna. Vimos a los Grifos guardando su oro en las rocas blancas, y a los Dragones escamados durmiendo en sus cuevas. Al pasar por las montañas contuvimos la respiración por miedo a que las nieves cayeran sobre nosotros, y cada hombre se ató un velo de gasa delante de sus ojos. Al pasar por los valles, los Pigmeos dispararon flechas contra nosotros desde los huecos de los árboles, y por la noche oímos a los hombres salvajes golpeando sus tambores. Cuando llegamos a la Torre de los Simios pusimos frutas delante de ellos, y no nos hicieron daño. Cuando llegamos a la Torre de las Serpientes les dimos leche tibia en cuencos de bronce, y nos dejaron pasar. Tres veces en nuestro viaje llegamos a las orillas del Oxus. Lo cruzamos en balsas de madera con grandes vejigas de piel inflada. Los hipopótamos del río se enfurecieron contra nosotros y buscaron matarnos. Cuando los camellos los vieron, temblaron.

'Los reyes de cada ciudad nos impusieron peajes, pero no nos permitieron entrar en sus puertas. Nos lanzaban pan por encima de las murallas, pequeños pasteles de maíz horneados en miel y pasteles de harina fina rellenos de dátiles. Por cada cien cestas les dimos una cuenta de ámbar.

'Cuando los habitantes de las aldeas nos vieron venir, envenenaron los pozos y huyeron a las cimas de las colinas. Luchamos contra los Magadae que nacen viejos, y se vuelven más y más jóvenes cada año, y mueren cuando son pequeños niños; y con los Laktroi que dicen que son hijos de tigres, y se pintan de amarillo y negro; y con los Aurantes que entierran a sus muertos en la cima de los árboles, y ellos mismos viven en oscuras cavernas para que el Sol, que es su dios, no los mate; y con los Krimnianos que adoran a un cocodrilo, y le dan pendientes de vidrio verde, y lo alimentan con

mantequilla y pollos frescos; y con los Agazonbae, que tienen cara de perro; y con los Sibans, que tienen pies de caballo, y corren más rápido que los caballos. Un tercio de nuestra compañía murió en batalla, y un tercio murió de necesidad. El resto murmuró contra mí y dijo que les había traído mala fortuna. Tomé una víbora cornuda de debajo de una piedra y dejé que me picara. Cuando vieron que no me enfermaba, tuvieron miedo.

"En el cuarto mes llegamos a la ciudad de Illel. Era de noche cuando llegamos al bosque que está fuera de los muros, y el aire era sofocante, pues la Luna transitaba en Escorpio. Tomamos las granadas maduras de los árboles, las rompimos y bebimos sus dulces jugos. Luego nos acostamos en nuestras alfombras y esperamos el amanecer.

"Y al amanecer nos levantamos y llamamos a la puerta de la ciudad. Estaba hecha de bronce rojo y tallada con dragones marinos y dragones con alas. Los guardias miraron desde las almenas y nos preguntaron nuestro asunto. El intérprete de la caravana respondió que habíamos venido de la isla de Siria con mucha mercancía. Tomaron rehenes y nos dijeron que abrirían la puerta al mediodía, y nos pidieron que esperáramos hasta entonces.

"Cuando fue mediodía abrieron la puerta, y al entrar la gente salía en masa de las casas para mirarnos, y un pregonero recorría la ciudad gritando a través de una concha. Nos paramos en la plaza del mercado, y los negros desataron los fardos de telas estampadas y abrieron los cofres tallados de sicómoro. Y cuando terminaron su tarea, los comerciantes exhibieron sus extrañas mercancías, el lino encerado de Egipto y el lino pintado del país de los etíopes, las esponjas púrpuras de Tiro y los tapices azules de Sidón, las copas de ámbar frío y los finos recipientes de vidrio y los curiosos recipientes de arcilla quemada. Desde el techo de una casa, un grupo de mujeres nos observaba. Una de ellas llevaba una máscara de cuero dorado.

"Y el primer día vinieron los sacerdotes y comerciaron con nosotros, y el segundo día vinieron los nobles, y el tercer día

vinieron los artesanos y los esclavos. Y esta es su costumbre con todos los comerciantes mientras se demoren en la ciudad.

"Y nos demoramos por una luna, y cuando la luna menguaba, me cansé y vagué por las calles de la ciudad y llegué al jardín de su dios. Los sacerdotes en sus túnicas amarillas se movían silenciosamente entre los árboles verdes, y sobre un pavimento de mármol negro estaba la casa color rosa rojizo en la que el dios tenía su morada. Sus puertas eran de laca pulverizada, y toros y pavos reales estaban labrados en ellas en oro pulido y elevado. El techo inclinado era de porcelana verde mar, y las salientes aleros estaban adornados con pequeñas campanas. Cuando las palomas blancas volaban cerca, golpeaban las campanas con sus alas y las hacían tintinear.

"Delante del templo había una piscina de agua clara pavimentada con ónice vetado. Me acosté a su lado, y con mis pálidos dedos toqué las anchas hojas. Uno de los sacerdotes se acercó a mí y se paró detrás de mí. Llevaba sandalias en sus pies, una de piel suave de serpiente y la otra de plumaje de aves. En su cabeza llevaba una mitra de fieltro negro decorada con lunas crecientes de plata. Siete amarillos estaban tejidos en su túnica, y su cabello rizado estaba teñido con antimonio.

"Después de un rato, me habló y me preguntó mi deseo.

"Le dije que mi deseo era ver al dios.

"El dios está cazando", dijo el sacerdote, mirándome extrañamente con sus pequeños ojos oblicuos.

"Dime en qué bosque, y cabalgaré con él", respondí.

"Peinó los suaves flecos de su túnica con sus largas uñas puntiagudas. 'El dios está dormido', murmuró.

"Dime en qué lecho, y velaré por él", respondí."

"El dios está en el festín", exclamó.

"Si el vino es dulce, lo beberé con él, y si es amargo, también lo beberé con él", fue mi respuesta.

'Él inclinó su cabeza asombrado y, tomándome de la mano, me levantó y me condujo al interior del templo.

'Y en la primera cámara vi un ídolo sentado en un trono de jaspe bordeado con grandes perlas orientales. Estaba tallado en ébano, y en estatura era como la de un hombre. En su frente tenía un rubí, y espeso aceite goteaba de su cabello hasta sus muslos. Sus pies estaban rojos con la sangre de un cabrito recién sacrificado, y sus lomos ceñidos con un cinturón de cobre que estaba tachonado con siete berilos.

'Y dije al sacerdote, "¿Es este el dios?" Y él me respondió, "Este es el dios."

"Muéstrame al dios", grité, "o seguro te mataré". Y toqué su mano, y se volvió marchita.

'Y el sacerdote me suplicó, diciendo, "Que mi señor sane a su servidor, y le mostraré al dios."

'Así que soplé con mi aliento sobre su mano, y esta se volvió sana de nuevo, y él tembló y me condujo a la segunda cámara, y vi un ídolo de pie sobre un loto de jade colgado con grandes esmeraldas. Estaba tallado en marfil, y en estatura era el doble de la estatura de un hombre. En su frente tenía un crisólito, y sus pechos estaban untados con mirra y canela. En una mano sostenía un cetro curvo de jade, y en la otra un cristal redondo. Llevaba botines de bronce, y su grueso cuello estaba rodeado por un círculo de selenitas.

'Y dije al sacerdote, "¿Es este el dios?"

'Y él me respondió, "Este es el dios."

"Muéstrame al dios", grité, "o seguro te mataré". Y toqué sus ojos, y se volvieron ciegos.

'Y el sacerdote me suplicó, diciendo, "Que mi señor sane a su servidor, y le mostraré al dios."

'Así que soplé con mi aliento sobre sus ojos, y la vista les volvió, y él tembló de nuevo, y me condujo a la tercera cámara, y he aquí que no había ningún ídolo en ella, ni imagen de ningún tipo, sino solo un espejo de metal redondo colocado sobre un altar de piedra.

'Y dije al sacerdote, "¿Dónde está el dios?"

Y él me respondió: "No hay dios aparte de este espejo que ves, pues este es el Espejo de la Sabiduría. Y refleja todas las cosas que están en el cielo y en la tierra, excepto el rostro de aquel que mira en él. Esto no lo refleja, para que aquel que mira en él pueda ser sabio. Hay muchos otros espejos, pero son espejos de la Opinión. Este solo es el Espejo de la Sabiduría. Y aquellos que poseen este espejo saben todo, ni hay nada oculto para ellos. Y aquellos que no lo poseen no tienen Sabiduría. Por lo tanto, es el dios, y lo adoramos". Y miré en el espejo, y era tal como él me había dicho.

'Y hice algo extraño, pero lo que hice no importa, pues en un valle que está a solo un día de viaje de este lugar he escondido el Espejo de la Sabiduría. Solo permíteme entrar en ti de nuevo y ser tu servidor, y serás más sabio que todos los hombres sabios, y la Sabiduría será tuya. Permíteme entrar en ti, y nadie será tan sabio como tú.'

Pero el joven Pescador se rió. 'El amor es mejor que la Sabiduría', exclamó, 'y la pequeña Sirena me ama.'

'No, pero no hay nada mejor que la Sabiduría', dijo el Alma.

'El amor es mejor', respondió el joven Pescador, y se sumergió en lo profundo, y el Alma se fue llorando por los pantanos.

Y después de que el segundo año terminó, el Alma bajó a la orilla del mar y llamó al joven Pescador, y él salió de lo profundo y dijo, '¿Por qué me llamas?'

Y el Alma respondió, 'Acércate, para que pueda hablar contigo, pues he visto cosas maravillosas.'

Así que se acercó, y se acuclilló en el agua poco profunda, y apoyó su cabeza en su mano y escuchó.

Y el Alma le dijo, 'Cuando te dejé, giré mi rostro hacia el Sur y viajé. Del Sur viene todo lo que es precioso. Seis días viajé por las carreteras que conducen a la ciudad de Ashter, por las polvorientas carreteras teñidas de rojo por las que suelen viajar los peregrinos, y en la mañana del séptimo día levanté mis ojos, y ¡he aquí! la ciudad yacía a mis pies, pues está en un valle.

'Hay nueve puertas a esta ciudad, y frente a cada puerta se encuentra un caballo de bronce que relincha cuando los beduinos bajan de las montañas. Las paredes están revestidas de cobre, y las torres de vigilancia en las murallas están techadas con bronce. En cada torre se encuentra un arquero con un arco en su mano. Al amanecer golpea con una flecha un gong, y al atardecer sopla a través de un cuerno de cuerno.

'Cuando busqué entrar, los guardias me detuvieron y preguntaron quién era. Respondí que era un Derviche y que iba camino a la ciudad de La Meca, donde había un velo verde sobre el cual el Corán estaba bordado en letras de plata por las manos de los ángeles. Se llenaron de maravilla y me rogaron que pasara.'

"Dentro es como un bazar. Ciertamente deberías haber estado conmigo. A través de las estrechas calles, los alegres farolillos de papel revolotean como grandes mariposas. Cuando el viento sopla sobre los techos, suben y bajan como burbujas pintadas. Frente a sus puestos, los comerciantes se sientan en alfombras de seda. Tienen barbas negras rectas, y sus turbantes están cubiertos de lentejuelas doradas, y largas cuerdas de ámbar y huesos de melocotón tallados se deslizan entre sus dedos frescos. Algunos de ellos venden gálbano y nardo, y curiosos perfumes de las islas del Mar Indio, y el espeso aceite de rosas rojas, y mirra y pequeños clavos en forma de uña. Cuando uno se detiene para hablar con ellos, arrojan pellizcos de incienso sobre un brasero de carbón y endulzan el aire. Vi a un sirio que sostenía en sus manos una delgada vara como una caña. Hilos grises de humo salían de ella, y su olor al quemarse era como el olor del almendro rosa en primavera. Otros venden pulseras de plata repujadas por completo

con piedras de turquesa azul cremoso, y tobilleras de alambre de latón bordeadas con pequeñas perlas, y garras de tigre montadas en oro, y las garras de aquel gato dorado, el leopardo, montadas también en oro, y pendientes de esmeralda perforada, y anillos de dedo de jade hueco. De las casas de té llega el sonido de la guitarra, y los fumadores de opio con sus caras blancas sonrientes miran a los transeúntes.

'En verdad deberías haber estado conmigo. Los vendedores de vino se abren paso entre la multitud con grandes pieles negras sobre sus hombros. La mayoría de ellos vende el vino de Schiraz, que es tan dulce como la miel. Lo sirven en pequeñas copas de metal y esparcen hojas de rosa sobre él. En la plaza del mercado están los fruteros, que venden todo tipo de frutas: higos maduros, con su carne morada magullada, melones, que huelen a almizcle y son amarillos como topacios, cidras y manzanas de rosa y racimos de uvas blancas, naranjas redondas rojo dorado, y limones ovalados de oro verde. Una vez vi pasar a un elefante. Su trompa estaba pintada de bermellón y cúrcuma, y sobre sus orejas tenía una red de cordón de seda carmesí. Se detuvo frente a uno de los puestos y comenzó a comerse las naranjas, y el hombre solo se rió. No puedes imaginar cuán extraña es esta gente. Cuando están alegres van a los vendedores de pájaros y compran un pájaro enjaulado, y lo liberan para que su alegría sea mayor, y cuando están tristes se flagelan con espinas para que su dolor no disminuya.

'Una tarde me encontré con unos negros que llevaban un pesado palanquín a través del bazar. Estaba hecho de bambú dorado, y los postes eran de laca bermellón tachonada con pavos reales de latón. A través de las ventanas colgaban delgadas cortinas de muselina bordadas con alas de escarabajo y con diminutas semillas de perlas, y mientras pasaba por allí, una circasiana de cara pálida miró hacia fuera y me sonrió. La seguí, y los negros apresuraron sus pasos y frunció el ceño. Pero a mí no me importó. Sentí una gran curiosidad apoderarse de mí.

Al final se detuvieron frente a una casa blanca cuadrada. No tenía ventanas, solo una pequeña puerta como la puerta de una tumba. Colocaron el palanquín en el suelo y golpearon tres veces con un martillo de cobre. Un armenio con un caftán de cuero verde miró a través de la mirilla, y cuando los vio, abrió y extendió una alfombra en el suelo, y la mujer salió. Al entrar, se volvió y me sonrió de nuevo. Nunca había visto a nadie tan pálido.

Cuando la luna se levantó, volví al mismo lugar y busqué la casa, pero ya no estaba allí. Al ver eso, supe quién era la mujer y por qué me había sonriente.

Ciertamente deberías haber estado conmigo. En la fiesta de la Luna Nueva, el joven Emperador salió de su palacio y fue a la mezquita a rezar. Su cabello y barba estaban teñidos con pétalos de rosa, y sus mejillas estaban empolvadas con un fino polvo de oro. Las palmas de sus pies y manos estaban amarillas de azafrán.

Al amanecer salió de su palacio en una túnica de plata, y al atardecer volvió a él en una túnica de oro. La gente se tiraba al suelo y escondía sus caras, pero yo no lo hice. Me quedé junto al puesto de un vendedor de dátiles y esperé. Cuando el Emperador me vio, levantó sus cejas pintadas y se detuvo. Yo me quedé completamente quieto y no le hice ninguna reverencia. La gente se maravilló de mi osadía y me aconsejó que huyera de la ciudad. No les hice caso, pero fui y me senté con los vendedores de dioses extraños, quienes por razón de su oficio son abominados. Cuando les conté lo que había hecho, cada uno de ellos me dio un dios y me rogó que los dejara.

Esa noche, mientras yacía sobre un cojín en la casa de té que está en la Calle de las Granadas, los guardias del Emperador entraron y me llevaron al palacio. Al entrar cerraron cada puerta detrás de mí y colocaron una cadena a través de ella. Dentro había un gran patio con una arcada alrededor. Las paredes eran de alabastro blanco, dispuestas aquí y allá con azulejos azules y verdes. Las columnas eran de mármol verde, y el pavimento de una especie de mármol color flor de durazno. Nunca había visto nada igual antes.

Mientras cruzaba el patio, dos mujeres veladas me miraron desde un balcón y me maldijeron. Los guardias se apresuraron, y las culatas de las lanzas resonaron en el suelo pulido. Abrieron una puerta de marfil trabajado, y me encontré en un jardín regado de siete terrazas. Estaba plantado con copas de tulipanes y flores de luna, y aloes tachonados de plata. Como una delgada caña de cristal, una fuente colgaba en el aire oscuro. Los cipreses parecían antorchas apagadas. De uno de ellos cantaba un ruiseñor.

Al final del jardín había un pequeño pabellón. Al acercarnos, dos eunucos salieron a nuestro encuentro. Sus cuerpos gordos se balanceaban al caminar, y me miraban curiosos con sus ojos entrecerrados amarillos. Uno de ellos apartó al capitán de la guardia, y en voz baja le susurró algo. El otro seguía mascando pastillas aromáticas, que tomaba con un gesto afectado de una caja ovalada de esmalte lila.

Después de unos momentos, el capitán de la guardia despidió a los soldados. Volvieron al palacio, los eunucos siguieron lentamente detrás, arrancando las dulces moras de los árboles al pasar. Una vez, el mayor de los dos se volvió y me sonrió con una sonrisa malévola.

Luego, el capitán de la guardia me hizo señas hacia la entrada del pabellón. Avancé sin temblar y, apartando la pesada cortina, entré.

El joven Emperador estaba tendido en un sofá de pieles de león teñidas, y un halcón gerifalte se posaba en su muñeca. Detrás de él estaba un nubio con turbante de bronce, desnudo hasta la cintura, y con pesados pendientes en sus orejas partidas. Sobre una mesa al lado del sofá yacía un poderoso cimitarra de acero.

Cuando el Emperador me vio frunció el ceño y me dijo: "¿Cuál es tu nombre? ¿No sabes que soy el Emperador de esta ciudad?" Pero no le di ninguna respuesta.

Señaló con el dedo la cimitarra, y el nubio la agarró y, avanzando rápidamente, me atacó con gran violencia. La hoja silbó a través de mí y no me hizo daño. El hombre cayó de bruces en el suelo y,

cuando se levantó, sus dientes castañeteaban de terror y se escondió detrás del sofá.

El Emperador se puso de pie de un salto y, tomando una lanza de un soporte de armas, me la lanzó. La atrapé en su vuelo y partí el asta en dos pedazos. Me disparó con una flecha, pero levanté mis manos y se detuvo en pleno aire. Luego sacó una daga de un cinturón de cuero blanco y apuñaló al nubio en la garganta para que el esclavo no pudiera hablar de su deshonra. El hombre se retorció como una serpiente pisoteada, y una espuma roja burbujeó de sus labios.

Tan pronto como murió, el Emperador se volvió hacia mí, y después de haber limpiado el brillante sudor de su frente con una pequeña servilleta de seda morada y purpúrea, me dijo: "¿Eres tú un profeta, que no puedo hacerte daño, o el hijo de un profeta, que no puedo herirte? Te ruego que dejes mi ciudad esta noche, pues mientras estés en ella ya no soy su señor".

Y le respondí: "Me iré por la mitad de tu tesoro. Dame la mitad de tu tesoro, y me alejaré".

Me tomó de la mano y me llevó al jardín. Cuando el capitán de la guardia me vio, se sorprendió. Cuando los eunucos me vieron, sus rodillas temblaron y cayeron al suelo de miedo.

Hay una cámara en el palacio que tiene ocho paredes de pórfito rojo y un techo sellado con bronce colgado de lámparas. El Emperador tocó una de las paredes y se abrió, y pasamos por un corredor iluminado con muchas antorchas. En nichos a cada lado había grandes jarras de vino llenas hasta el borde con piezas de plata. Cuando llegamos al centro del corredor, el Emperador pronunció la palabra que no debe ser pronunciada, y una puerta de granito se abrió con un resorte secreto, y él puso sus manos delante de su cara para que sus ojos no se deslumbraran.

No podrías creer lo maravilloso que era aquel lugar. Había enormes caparazones de tortuga llenos de perlas, y piedras lunares ahuecadas de gran tamaño apiladas con rubíes rojos. El oro se

almacenaba en cofres de piel de elefante, y el polvo de oro en botellas de cuero. Había ópalos y zafiros, los primeros en copas de cristal, y los últimos en copas de jade. Esmeraldas verdes redondas estaban ordenadas sobre delgadas placas de marfil, y en un rincón había bolsas de seda llenas, algunas con piedras de turquesa, y otras con berilos. Los cuernos de marfil estaban amontonados con amatistas púrpuras, y los cuernos de bronce con calcedonias y sardónices. Las columnas, que eran de cedro, estaban colgadas con cuerdas de piedras de lince amarillas. En los escudos ovalados planos había carbunclos, tanto de color vino como de color como la hierba. Y aún así, te he contado solo una décima parte de lo que había allí.

Y cuando el Emperador retiró sus manos de delante de su rostro, me dijo: "Esta es mi casa del tesoro, y la mitad de lo que hay en ella es tuya, tal como te prometí. Y te daré camellos y conductores de camellos, y ellos harán tu voluntad y llevarán tu parte del tesoro a cualquier parte del mundo que desees ir. Y esto se hará esta noche, pues no quisiera que el Sol, que es mi padre, viera que hay en mi ciudad un hombre al que no puedo matar".

Pero le respondí: "El oro que está aquí es tuyo, y la plata también es tuya, y tuyas son las joyas preciosas y las cosas de valor. En cuanto a mí, no necesito estas. Ni tomaré nada de ti excepto ese pequeño anillo que llevas en el dedo de tu mano".

Y el Emperador frunció el ceño. "Es solo un anillo de plomo", exclamó, "ni tiene ningún valor. Por lo tanto, toma tu mitad del tesoro y vete de mi ciudad".

"No", respondí, "pero no tomaré nada excepto ese anillo de plomo, pues sé lo que está escrito dentro de él, y para qué propósito".

Y el Emperador tembló, y me suplicó y dijo: "Toma todo el tesoro y vete de mi ciudad. La mitad que es mía será tuya también".

Y hice algo extraño, pero lo que hice no importa, pues en una cueva que está a solo un día de viaje de este lugar, he escondido el

Anillo de las Riquezas. Está a solo un día de viaje de este lugar, y espera tu llegada. Aquel que tenga este Anillo será más rico que todos los reyes del mundo. Ven, por lo tanto, y tómallo, y las riquezas del mundo serán tuyas.

Pero el joven Pescador se rió. "El amor es mejor que las Riquezas", exclamó, "y la pequeña Sirena me ama".

"No, pero no hay nada mejor que las Riquezas", dijo el Alma.

"El amor es mejor", respondió el joven Pescador, y se sumergió en lo profundo, y el Alma se fue llorando por los pantanos.

Y después de que el tercer año terminó, el Alma bajó a la orilla del mar y llamó al joven Pescador, y él salió de lo profundo y dijo: "¿Por qué me llamas?"

Y el Alma respondió: "Acércate, para que pueda hablar contigo, pues he visto cosas maravillosas".

Así que se acercó, y se acuclilló en el agua poco profunda, y apoyó su cabeza en su mano y escuchó.

Y el Alma le dijo: "En una ciudad que conozco hay una posada que está junto a un río. Me senté allí con marineros que bebían vinos de dos colores distintos, y comían pan de cebada, y pequeños peces salados servidos en hojas de laurel con vinagre. Y mientras nos sentábamos y nos alegrábamos, entró a nosotros un anciano cargando una alfombra de cuero y una lira que tenía dos cuernos de ámbar. Y cuando había extendido la alfombra en el suelo, golpeó con una pluma las cuerdas de alambre de su lira, y una chica cuyo rostro estaba velado corrió y comenzó a bailar delante de nosotros. Su rostro estaba velado con un velo de gasa, pero sus pies estaban desnudos. Desnudos estaban sus pies, y se movían sobre la alfombra como pequeñas palomas blancas. Nunca he visto algo tan maravilloso; y la ciudad en la que ella baila está a solo un día de viaje de este lugar".

Ahora, cuando el joven Pescador escuchó las palabras de su Alma, recordó que la pequeña Sirena no tenía pies y no podía bailar. Y un

gran deseo se apoderó de él, y se dijo a sí mismo: "Es solo un día de viaje, y puedo volver a mi amor", y se rió, y se levantó en el agua poco profunda, y caminó hacia la orilla.

Y cuando había alcanzado la orilla seca, se rió de nuevo y extendió sus brazos hacia su Alma. Y su Alma dio un gran grito de alegría y corrió a su encuentro, y entró en él, y el joven Pescador vio extendido ante él sobre la arena esa sombra del cuerpo que es el cuerpo del Alma.

Y su Alma le dijo: "No nos demoremos, sino partamos de inmediato, pues los dioses del Mar son celosos, y tienen monstruos que hacen su voluntad".

Así que se apresuraron, y toda esa noche viajaron bajo la luna, y todo el día siguiente viajaron bajo el sol, y en la tarde del día llegaron a una ciudad.

Y el joven Pescador dijo a su Alma: "¿Es esta la ciudad en la que baila aquella de quien me hablaste?"

Y su Alma le respondió: "No es esta ciudad, sino otra. Sin embargo, entremos". Así que entraron y pasaron por las calles, y al pasar por la Calle de los Joyeros el joven Pescador vio una hermosa copa de plata expuesta en un puesto. Y su Alma le dijo: "Toma esa copa de plata y escóndela".

Así que tomó la copa y la escondió en el pliegue de su túnica, y salieron apresuradamente de la ciudad.

Y después de que se hubieran alejado una legua de la ciudad, el joven Pescador frunció el ceño y arrojó la copa, y dijo a su Alma: "¿Por qué me dijiste que tomara esta copa y la escondiera, pues fue una cosa malvada hacerlo?"

Pero su Alma le respondió: "Estate en paz, estate en paz".

Y en la tarde del segundo día llegaron a una ciudad, y el joven Pescador dijo a su Alma: "¿Es esta la ciudad en la que baila aquella de quien me hablaste?"

Y su Alma le respondió: "No es esta ciudad, sino otra. Sin embargo, entremos". Así que entraron y pasaron por las calles, y mientras pasaban por la Calle de los Vendedores de Sandalias, el joven Pescador vio a un niño de pie junto a un jarro de agua. Y su Alma le dijo: "Golpea a ese niño". Así que golpeó al niño hasta que lloró, y cuando había hecho esto, salieron apresuradamente de la ciudad.

Y después de que se habían alejado una legua de la ciudad, el joven Pescador se enfadó y dijo a su Alma: "¿Por qué me dijiste que golpeará al niño, pues fue una cosa malvada hacerlo?"

Pero su Alma le respondió: "Estate en paz, estate en paz".

Y en la tarde del tercer día llegaron a una ciudad, y el joven Pescador dijo a su Alma: "¿Es esta la ciudad en la que baila aquella de quien me hablaste?"

Y su Alma le respondió: "Puede ser que sea en esta ciudad, por lo tanto entremos".

Así que entraron y pasaron por las calles, pero por ningún lado pudo el joven Pescador encontrar el río o la posada que estaba a su lado. Y la gente de la ciudad lo miraba con curiosidad, y él se asustó y dijo a su Alma: "Vámonos de aquí, pues ella que baila con pies blancos no está aquí".

Pero su Alma respondió: "No, pero quedémonos, pues la noche es oscura y habrá ladrones en el camino".

Así que se sentó en la plaza del mercado y descansó, y después de un tiempo pasó un comerciante encapuchado que llevaba un manto de tela de Tartaria y llevaba una linterna de cuerno perforado al final de una caña articulada. Y el comerciante le dijo: "¿Por qué te sientas en la plaza del mercado, viendo que los puestos están cerrados y las balas encordadas?"

Y el joven Pescador le respondió: "No puedo encontrar ninguna posada en esta ciudad, ni tengo ningún pariente que pudiera darme refugio".

"¿No somos todos parientes?" dijo el comerciante. "¿Y no nos hizo un solo Dios? Por lo tanto, ven conmigo, pues tengo una habitación para huéspedes".

Así que el joven Pescador se levantó y siguió al comerciante a su casa. Y cuando había pasado por un jardín de granadas y entrado en la casa, el comerciante le trajo agua de rosas en un plato de cobre para que se lavara las manos, y melones maduros para que saciara su sed, y le puso un cuenco de arroz y un trozo de cabrito asado delante de él.

Y después de que terminó, el comerciante lo llevó a la cámara de huéspedes y le pidió que durmiera y descansara. Y el joven Pescador le dio las gracias, y besó el anillo que estaba en su mano, y se lanzó sobre las alfombras de pelo de cabra teñido. Y cuando se cubrió con una cobija de lana de cordero negro, se quedó dormido.

Y tres horas antes del amanecer, mientras aún era de noche, su Alma lo despertó y le dijo: "Levántate y ve a la habitación del comerciante, incluso a la habitación en la que duerme, y mátao, y toma su oro, pues lo necesitamos".

Y el joven Pescador se levantó y se deslizó hacia la habitación del comerciante, y sobre los pies del comerciante había una espada curva, y la bandeja al lado del comerciante contenía nueve bolsas de oro. Y extendió su mano y tocó la espada, y cuando la tocó el comerciante se despertó y saltó, agarrando él mismo la espada y gritó al joven Pescador: "¿Devuelves mal por bien, y pagas con derramamiento de sangre la bondad que te he mostrado?"

Y su Alma le dijo al joven Pescador: "Gólpealo", y lo golpeó de tal manera que cayó desmayado y luego tomó las nueve bolsas de oro, y huyó apresuradamente a través del jardín de granadas, y puso su rostro hacia la estrella que es la estrella de la mañana.

Y cuando habían ido una legua de la ciudad, el joven Pescador se golpeó el pecho y dijo a su Alma: "¿Por qué me ordenaste matar al comerciante y tomar su oro? Seguramente eres malvada".

Pero su Alma le respondió: "Estate en paz, estate en paz".

"No", gritó el joven Pescador, "no puedo estar en paz, pues todo lo que me has hecho hacer lo odio. A ti también te odio, y te exijo que me digas por qué has obrado conmigo de esta manera".

Y su Alma le respondió: "Cuando me enviaste al mundo no me diste corazón, así que aprendí a hacer todas estas cosas y a amarlas".

"¿Qué dices?" murmuró el joven Pescador.

"Tú lo sabes", respondió su Alma, "lo sabes bien. ¿Has olvidado que no me diste corazón? No lo creo. Así que no te preocupes ni me preocupes, pero estate en paz, pues no hay dolor que no puedas dar, ni placer que no puedas recibir".

Y cuando el joven Pescador escuchó estas palabras, tembló y dijo a su Alma: "No, pero tú eres malvada, y me has hecho olvidar mi amor, y me has tentado con tentaciones, y has puesto mis pies en los caminos del pecado".

Y su Alma le respondió: "No has olvidado que cuando me enviaste al mundo no me diste corazón. Vamos, vayamos a otra ciudad y alegrémonos, pues tenemos nueve bolsas de oro."

Pero el joven Pescador tomó las nueve bolsas de oro, las arrojó al suelo y las pisoteó.

"No", gritó, "no quiero tener nada que ver contigo, ni viajaré contigo a ningún lugar, pero así como te envié lejos antes, ahora te enviaré lejos de nuevo, pues no me has traído ningún bien." Y se volvió de espaldas a la luna, y con el pequeño cuchillo que tenía el mango de piel de víbora verde intentó cortar de sus pies esa sombra del cuerpo que es el cuerpo del Alma.

Sin embargo, su Alma no se apartó de él, ni hizo caso a su mandato, sino que le dijo: "El hechizo que la Bruja te dijo ya no te sirve, pues no puedo dejarte, ni puedes tú echarme. Una vez en su vida puede un hombre enviar a su Alma lejos, pero aquel que recibe de vuelta su Alma debe mantenerla consigo para siempre, y esta es su castigo y su recompensa."

Y el joven Pescador se puso pálido y apretó los puños y gritó: "Ella era una falsa Bruja porque no me dijo eso."

"No", respondió su Alma, "pero fue fiel a Aquel a quien adora, y cuya sierva será siempre."

Y cuando el joven Pescador supo que ya no podía deshacerse de su Alma, y que era un Alma maligna y permanecería siempre con él, cayó al suelo llorando amargamente.

Y cuando fue de día, el joven Pescador se levantó y dijo a su Alma: "Ataré mis manos para no hacer tu voluntad, y cerraré mis labios para no hablar tus palabras, y regresaré al lugar donde habita aquella a quien amo. Incluso al mar regresaré, y a la pequeña bahía donde suele cantar, y la llamaré y le diré el mal que he hecho y el mal que tú has causado en mí."

Y su Alma le tentó y dijo: "¿Quién es tu amor para que debas volver a ella? El mundo tiene muchas que son más hermosas que ella. Están las bailarinas de Samaris que danzan al modo de todo tipo de aves y bestias. Sus pies están pintados con henna, y en sus manos tienen pequeñas campanillas de cobre. Ríen mientras bailan, y su risa es tan clara como la risa del agua. Ven conmigo y te las mostraré. Pues, ¿qué es este problema tuyo con las cosas del pecado? ¿Acaso lo que es agradable de comer no está hecho para el comensal? ¿Hay veneno en lo que es dulce de beber? No te preocupes, pero ven conmigo a otra ciudad. Hay una pequeña ciudad cerca en la que hay un jardín de árboles de tulipán. Y en este hermoso jardín viven pavos reales blancos y pavos reales con pechos azules. Sus colas, cuando las extienden al sol, son como discos de marfil y como discos dorados. Y ella que los alimenta baila para su placer, y a veces baila sobre sus manos y otras veces baila con sus pies. Sus ojos están coloreados con estibio, y sus fosas nasales tienen forma de alas de golondrina. De un gancho en una de sus fosas nasales cuelga una flor tallada en una perla. Ella ríe mientras baila, y los anillos de plata que lleva en los tobillos tintinean como campanas de plata. Y así, no te preocupes más, pero ven conmigo a esta ciudad."

Pero el joven Pescador no respondió a su Alma, sino que cerró sus labios con el sello del silencio y con una cuerda apretada ató sus manos, y regresó al lugar de donde había venido, incluso a la pequeña bahía donde su amor solía cantar. Y siempre su Alma le tentaba por el camino, pero él no le hacía respuesta, ni hacía ninguna de las maldades que buscaba hacerle hacer, tan grande era el poder del amor que había dentro de él.

Y cuando alcanzó la orilla del mar, soltó la cuerda de sus manos, y quitó el sello del silencio de sus labios, y llamó a la pequeña Sirena. Pero ella no acudió a su llamado, aunque la llamó todo el día y la suplicó.

Y su Alma se burló de él y dijo: "Ciertamente tienes poco gozo de tu amor. Eres como uno que en tiempo de muerte vierte agua en un recipiente roto. Das lo que tienes, y nada se te da a cambio. Sería mejor para ti venir conmigo, pues sé dónde se encuentra el Valle del Placer, y qué cosas se realizan allí."

Pero el joven Pescador no respondió a su Alma, sino que en una grieta de la roca se construyó una casa de zarzos, y habitó allí por el espacio de un año. Y cada mañana llamaba a la Sirena, y cada mediodía la llamaba de nuevo, y por la noche decía su nombre. Sin embargo, nunca se levantó del mar para encontrarse con él, ni en ningún lugar del mar pudo encontrarla, aunque la buscó en las cuevas y en el agua verde, en las pozas de la marea y en los pozos que están en el fondo del profundo.

Y siempre su Alma le tentaba con el mal, y susurraba de cosas terribles. Sin embargo, no prevaleció contra él, tan grande era el poder de su amor.

Y después de que el año terminó, el Alma pensó dentro de sí: "He tentado a mi maestro con el mal, y su amor es más fuerte que yo. Ahora le tentaré con el bien, y puede ser que venga conmigo."

Así que habló al joven Pescador y dijo: "Te he hablado del gozo del mundo, y tú has hecho oídos sordos a mí. Permíteme ahora hablarte del dolor del mundo, y puede ser que me escuches. Pues

en verdad el dolor es el Señor de este mundo, ni hay nadie que escape de su red. Hay algunos que carecen de vestimenta, y otros que carecen de pan. Hay viudas que se sientan en púrpura, y viudas que se

sientan en harapos. De un lado a otro sobre los pantanos van los leprosos, y son crueles entre sí. Los mendigos van de arriba abajo por las carreteras, y sus carteras están vacías. Por las calles de las ciudades camina la Hambruna, y la Peste se sienta en sus puertas. Ven, salgamos y reparemos estas cosas, y hagamos que no sean. ¿Por qué demorarte aquí llamando a tu amor, viendo que no viene a tu llamado? ¿Y qué es el amor, para que le des este alto valor?"

Pero el joven Pescador no le respondió nada, tan grande era el poder de su amor. Y cada mañana llamaba a la Sirena, y cada mediodía la llamaba de nuevo, y por la noche decía su nombre. Sin embargo, nunca se levantó del mar para encontrarse con él, ni en ningún lugar del mar pudo encontrarla, aunque la buscó en los ríos del mar, y en los valles que están bajo las olas, en el mar que la noche tiñe de púrpura, y en el mar que el amanecer deja gris.

Y después de que el segundo año terminó, el Alma le dijo al joven Pescador por la noche, y mientras se sentaba en la casa de zarzos solo: "¡Mira! Ahora te he tentado con el mal, y te he tentado con el bien, y tu amor es más fuerte que yo. Por lo tanto, no te tentaré más, pero te ruego que me permitas entrar en tu corazón, para que pueda ser uno contigo como antes."

"Ciertamente puedes entrar", dijo el joven Pescador, "pues en los días en que sin corazón recorrías el mundo debes haber sufrido mucho."

"¡Ay!", gritó su Alma, "no puedo encontrar lugar de entrada, tan rodeado de amor está este corazón tuyo."

"Sin embargo, desearía poder ayudarte", dijo el joven Pescador.

Y mientras hablaba, llegó desde el mar un gran grito de luto, incluso el grito que los hombres oyen cuando uno de los del Pueblo del Mar ha muerto. Y el joven Pescador saltó, dejó su casa de zarzos

y corrió hacia la orilla. Y las olas negras vinieron apresuradas a la orilla, trayendo consigo una carga que era más blanca que la plata. Blanca como la espuma era, y como una flor se balanceaba sobre las olas. Y la espuma la tomó de las olas, y la espuma la tomó de la espuma, y la orilla la recibió, y yaciendo a sus pies el joven Pescador vio el cuerpo de la pequeña Sirena. Muerta a sus pies yacía.

Llorando como uno herido de dolor se arrojó junto a ella, y besó el frío rojo de la boca, y jugueteó con el húmedo ámbar del cabello. Se arrojó junto a ella sobre la arena, llorando como uno que tiembla de alegría, y en sus brazos morenos la sostuvo contra su pecho. Fríos estaban los labios, aún así los besó. Salado era el miel del cabello, aún así lo saboreó con una alegría amarga. Besó los párpados cerrados, y la salvaje espuma que yacía sobre sus copas era menos salada que sus lágrimas.

Y al ser inerte le hizo confesión. En las conchas de sus oídos vertió el vino áspero de su relato. Puso las pequeñas manos alrededor de su cuello, y con sus dedos tocó la delgada caña de la garganta. Amarga, amarga era su alegría, y llena de extraña felicidad era su dolor.

El mar negro se acercó más, y la blanca espuma gemía como un leproso. Con blancas garras de espuma, el mar arañaba la orilla. Desde el palacio del Rey del Mar vino de nuevo el grito de luto, y lejos en el mar, los grandes Tritones soplaron con fuerza en sus cuernos.

"Huye lejos", dijo su Alma, "pues siempre el mar se acerca más, y si te demoras te matará. Huye lejos, pues tengo miedo, viendo que tu corazón está cerrado contra mí por la grandeza de tu amor. Huye a un lugar seguro. ¿Seguramente no me enviarás sin corazón a otro mundo?"

Pero el joven Pescador no escuchó a su Alma, sino que llamó a la pequeña Sirena y dijo: "El amor es mejor que la sabiduría, y más precioso que las riquezas, y más hermoso que los pies de las hijas de los hombres. El fuego no puede destruirlo, ni las aguas apagarlo.

Te llamé al amanecer, y no viniste a mi llamada. La luna escuchó tu nombre, aún así no tuviste cuidado de mí. Pues mal hice en dejarte, y a mi propio daño me alejé. Sin embargo, siempre tu amor permaneció conmigo, y siempre fue fuerte, ni nada prevaleció contra él, aunque he mirado el mal y mirado el bien. Y ahora que estás muerta, seguramente moriré contigo también."

Y su Alma le suplicó que partiera, pero él no lo hizo, tan grande era su amor. Y el mar se acercó más, y buscó cubrirlo con sus olas, y cuando supo que el final estaba cerca, besó con labios locos los fríos labios de la Sirena, y el corazón que estaba dentro de él se rompió. Y como a través de la plenitud de su amor su corazón se rompió, el Alma encontró una entrada y entró, y fue uno con él como antes. Y el mar cubrió al joven Pescador con sus olas.

Y por la mañana, el Sacerdote salió para bendecir el mar, pues había estado turbado. Y con él fueron los monjes y los músicos, y los portadores de velas, y los que balanceaban los incensarios, y una gran compañía.

Y cuando el Sacerdote llegó a la orilla vio al joven Pescador yaciendo ahogado en la espuma, y abrazado en sus brazos estaba el cuerpo de la pequeña Sirena. Y se retiró frunciendo el ceño, y habiendo hecho la señal de la cruz, gritó en voz alta y dijo: "No bendeciré el mar ni nada de lo que está en él. Malditos sean los del Pueblo del Mar, y malditos sean todos los que trafican con ellos. Y en cuanto a él que por amor a Dios abandonó, y así yace aquí con su querida muerta por juicio de Dios, tomen su cuerpo y el cuerpo de su querida, y entiérrenlos en la esquina del Campo de los Bataneros, y no pongan marca sobre ellos, ni señal de ningún tipo, que nadie sepa el lugar de su descanso. Pues malditos fueron en sus vidas, y malditos serán también en sus muertes."

Y la gente hizo como él les mandó, y en la esquina del Campo de los Bataneros, donde no crecían hierbas dulces, cavaron un pozo profundo, y pusieron dentro las cosas muertas.

Y cuando el tercer año terminó, y en un día que era un día sagrado, el Sacerdote subió a la capilla, para que pudiera mostrar a la gente las heridas del Señor, y hablarles de la ira de Dios.

Y cuando se había vestido con sus ropas, y entrado y se inclinó ante el altar, vio que el altar estaba cubierto con flores extrañas que nunca antes se habían visto. Extrañas eran ellas al mirar, y de curiosa belleza, y su belleza lo perturbaba, y su olor era dulce en sus narices. Y se sintió alegre, y no entendía por qué estaba alegre.

Y después de que hubiera abierto el tabernáculo, e incensado la custodia que estaba en él, y mostrado la oblea hermosa a la gente, y la ocultó de nuevo detrás del velo de los velos, comenzó a hablar a la gente, deseando hablarles de la ira de Dios. Pero la belleza de las flores blancas lo perturbaba, y su olor era dulce en sus narices, y vino otra palabra a sus labios, y no habló de la ira de Dios, sino del Dios cuyo nombre es Amor. Y por qué así habló, no lo sabía.

Y cuando terminó su palabra, la gente lloró, y el Sacerdote regresó a la sacristía, y sus ojos estaban llenos de lágrimas. Y los diáconos entraron y comenzaron a desvestirlo, y le quitaron el alba y el cíngulo, el manípulo y la estola. Y él se quedó como en un sueño.

Y después de que lo hubieron desvestido, los miró y dijo: "¿Cuáles son las flores que están sobre el altar, y de dónde vienen?"

Y ellos le respondieron: "No podemos decir qué flores son, pero vienen de la esquina del Campo de los Bataneros." Y el Sacerdote tembló, y regresó a su propia casa y rezó.

Y por la mañana, mientras aún era el amanecer, salió con los monjes y los músicos, y los portadores de velas y los que balanceaban los incensarios, y una gran compañía, y llegó a la orilla del mar, y bendijo el mar, y todas las cosas salvajes que hay en él. También bendijo a los Faunos, y a las pequeñas cosas que bailan en el bosque, y a las criaturas de ojos brillantes que se asoman a través de las hojas. Todas las cosas en el mundo de Dios bendijo, y la gente se llenó de alegría y asombro. Sin embargo, nunca más en la esquina del Campo de los Bataneros crecieron flores de ningún tipo,

pero el campo permaneció estéril incluso como antes. Ni vinieron las gentes del Mar a la bahía como solían hacer, pues se fueron a otra parte del mar.

EL NIÑO ESTRELLA

Érase una vez dos pobres Leñadores que regresaban a casa a través de un gran bosque de pinos. Era invierno, y una noche de frío amargo. La nieve cubría espesa el suelo y las ramas de los árboles: la helada hacía crujir las pequeñas ramitas a cada lado de su paso; y cuando llegaron al Torrente de la Montaña, ella estaba colgando inmóvil en el aire, pues el Rey del Hielo la había besado.

Era tan frío que incluso los animales y los pájaros no sabían qué pensar al respecto.

"¡Ugh!" gruñó el Lobo, mientras cojeaba a través de los matorrales con su cola entre las patas, "este tiempo es absolutamente monstruoso. ¿Por qué no se encarga el Gobierno de ello?"

"Weet! weet! weet!" trinaron los Verderones, "la vieja Tierra está muerta y la han tendido en su sudario blanco."

"La Tierra va a casarse, y este es su vestido de novia," susurraron las Tórtolas entre ellas. Sus pequeñitos pies rosados estaban completamente congelados, pero sintieron que era su deber tomar una visión romántica de la situación.

"¡Tonterías!" gruñó el Lobo. "Os digo que es toda culpa del Gobierno, y si no me creéis, os comeré." El Lobo tenía una mente completamente práctica, y nunca le faltaba un buen argumento.

"Bueno, por mi parte," dijo el Pájaro Carpintero, quien era un filósofo nato, "no me importa un ápice las explicaciones. Si algo es así, es así, y actualmente hace un frío terrible."

Terriblemente frío, ciertamente lo era. Las pequeñas Ardillas, que vivían dentro del alto pino, se frotaban mutuamente las narices para mantenerse calientes, y los Conejos se acurrucaban en sus madrigueras, y no se atrevían siquiera a asomarse afuera. Los únicos que parecían disfrutarlo eran los grandes Búhos cornudos. Sus plumas estaban completamente rígidas con la escarcha, pero no les importaba, y giraban sus grandes ojos amarillos, y se llamaban unos a otros a través del bosque, "¡Tu-whit! ¡Tu-whooh! ¡Tu-whit! ¡Tu-whooh! ¡Qué tiempo tan delicioso estamos teniendo!"

Avanzando iban los dos Leñadores, soplando enérgicamente sobre sus dedos, y estampando con sus enormes botas con clavos de hierro sobre la nieve compacta. Una vez se hundieron en un profundo montón de nieve, y salieron tan blancos como los molineros cuando las piedras están moliendo; y una vez resbalaron en el hielo liso y duro donde el agua del pantano estaba congelada, y sus fardos se cayeron de sus ataduras, y tuvieron que recogerlos y atarlos de nuevo; y una vez pensaron que habían perdido el camino, y un gran terror se apoderó de ellos, pues sabían que la Nieve es cruel con aquellos que duermen en sus brazos. Pero pusieron su confianza en el buen San Martín, que vela por todos los viajeros, y retrazaron sus pasos, y avanzaron con cuidado, y al fin alcanzaron las afueras del bosque, y vieron, allá abajo en el valle, las luces del pueblo en el que vivían.

Tan alegres estaban por su liberación que se rieron en voz alta, y la Tierra les pareció como una flor de plata, y la Luna como una flor de oro.

Sin embargo, después de que se rieron se entristecieron, pues recordaron su pobreza, y uno de ellos dijo al otro, "¿Por qué nos alegramos, viendo que la vida es para los ricos, y no para tales como nosotros? Mejor hubiera sido que muriéramos de frío en el bosque, o que alguna bestia salvaje nos hubiera atacado y matado."

"Verdaderamente," respondió su compañero, "mucho se da a algunos, y poco se da a otros. La injusticia ha repartido el mundo, ni hay división igual de nada salvo del dolor."

Pero mientras se lamentaban de su miseria el uno al otro, ocurrió esta extraña cosa. Cayó del cielo una estrella muy brillante y hermosa. Se deslizó por el lado del cielo, pasando por las otras estrellas en su curso, y, mientras la observaban maravillados, les pareció que se hundía detrás de un grupo de sauces que estaban cerca de un pequeño redil para ovejas a no más de un tiro de piedra.

"¡Vaya! ahí hay un garfio de oro para quien lo encuentre," gritaron, y se pusieron a correr, tan ansiosos estaban por el oro.

Y uno de ellos corrió más rápido que su compañero, y lo superó, y se abrió paso a través de los sauces, y salió al otro lado, y ¡he aquí! había realmente algo de oro yaciendo sobre la nieve blanca. Así que se apresuró hacia ello, y agachándose colocó sus manos sobre ello, y era una capa de tejido de oro, curiosamente trabajada con estrellas, y envuelta en muchos pliegues. Y gritó a su compañero que había encontrado el tesoro que había caído del cielo, y cuando su compañero llegó, se sentaron en la nieve, y aflojaron los pliegues de la capa para que pudieran dividir las piezas de oro. Pero, ¡ay! no había en ella oro, ni plata, ni, de hecho, tesoro de ningún tipo, sino solo un pequeño niño que estaba dormido.

Y uno de ellos dijo al otro: "Este es un amargo final para nuestra esperanza, ni tenemos ninguna buena fortuna, pues ¿qué provecho tiene un niño para un hombre? Dejémoslo aquí, y sigamos nuestro camino, viendo que somos hombres pobres, y tenemos hijos propios cuyo pan no podemos dar a otro."

Pero su compañero le respondió: "No, pero sería una mala acción dejar al niño perecer aquí en la nieve, y aunque soy tan pobre como tú, y tengo muchas bocas que alimentar, y poco en la olla, aún así lo llevaré a casa conmigo, y mi esposa se hará cargo de él."

Con mucha ternura tomó al niño, envolvió la capa alrededor de él para protegerlo del duro frío y se dirigió colina abajo hacia el pueblo, mientras su compañero se maravillaba mucho de su insensatez y suavidad de corazón.

Y cuando llegaron al pueblo, su compañero le dijo: "Tú tienes al niño, por lo tanto, dame la capa, pues es justo que compartamos."

Pero él le respondió: "No, pues la capa no es ni mía ni tuya, sino solo del niño," y le deseó buena suerte, y fue a su propia casa y llamó.

Y cuando su esposa abrió la puerta y vio que su marido había vuelto sano y salvo a ella, lo rodeó con sus brazos y lo besó, y tomó de su espalda el haz de leña, y le sacudió la nieve de las botas, y le pidió que entrara.

Pero él le dijo: "He encontrado algo en el bosque, y te lo he traído para que lo cuides," y no se movió del umbral.

"¿Qué es?" ella gritó. "Muéstramelo, pues la casa está vacía, y necesitamos muchas cosas." Y él echó la capa hacia atrás, y le mostró al niño dormido.

"¡Ay, buen hombre!" murmuró ella, "¿no tenemos ya hijos propios, que debes traer un niño cambiado a sentarse junto al hogar? ¿Y quién sabe si no nos traerá mala suerte? ¿Y cómo lo cuidaremos?" Y estaba enfadada contra él.

"No, sino que es un Niño Estrella," él respondió; y le contó la extraña manera de encontrarlo.

Pero ella no se dejó apaciguar, sino que se burló de él, y habló con enojo, y gritó: "Nuestros hijos carecen de pan, ¿y alimentaremos al hijo de otro? ¿Quién se preocupa por nosotros? ¿Y quién nos da de comer?"

"No, pero Dios se preocupa incluso por los gorriones, y los alimenta," él respondió.

"¿No mueren de hambre los gorriones en invierno?" ella preguntó. "¿Y no es ahora invierno?"

Y el hombre no respondió nada, pero no se movió del umbral.

Y un viento amargo del bosque entró por la puerta abierta, y la hizo temblar, y ella tiritó y le dijo: "¿No cerrarás la puerta? Entra un viento amargo en la casa, y tengo frío."

"¿No entra siempre un viento amargo en una casa donde el corazón es duro?" él preguntó. Y la mujer no le respondió nada, sino que se acercó más al fuego.

Y después de un tiempo, se volvió y lo miró, y sus ojos estaban llenos de lágrimas. Y él entró rápidamente, y colocó al niño en sus brazos, y ella lo besó, y lo acostó en una pequeña cama donde yacía el más joven de sus propios hijos. Y al día siguiente, el Leñador tomó la curiosa capa de oro y la colocó en un gran cofre, y una cadena de ámbar que estaba alrededor del cuello del niño su esposa la tomó y la puso en el cofre también.

Así el Niño Estrella fue criado con los hijos del Leñador, y se sentó en la misma mesa con ellos, y fue su compañero de juegos. Y cada año se volvía más hermoso de mirar, de modo que todos los que vivían en el pueblo se llenaban de asombro, pues, mientras ellos eran morenos y de cabello negro, él era blanco y delicado como marfil aserrado, y sus rizos eran como los anillos del narciso. Sus labios también eran como los pétalos de una flor roja, y sus ojos como violetas junto a un río de agua pura, y su cuerpo como el narciso de un campo donde el segador no viene.

Sin embargo, su belleza le acarreó el mal. Pues se volvió orgulloso, cruel y egoísta. A los hijos del Leñador y a los demás niños del pueblo los despreciaba, diciendo que eran de linaje bajo, mientras que él era noble, al haber surgido de una Estrella, y se hizo amo sobre ellos, llamándolos sus sirvientes. No tenía piedad de los pobres, ni de aquellos que eran ciegos o lisiados o de alguna manera

afligidos, sino que les lanzaba piedras y los expulsaba al camino, y les ordenaba mendigar su pan en otro lugar, de modo que nadie salvo los proscritos volvía dos veces a ese pueblo a pedir limosna. De hecho, estaba enamorado de la belleza, y se burlaba de los débiles y desfavorecidos, y se reía de ellos; y a sí mismo se amaba, y en verano, cuando los vientos estaban calmados, se acostaría junto al pozo en el huerto del sacerdote y miraría hacia abajo al milagro de su propio rostro, y reiría por el placer que tenía en su hermosura.

A menudo el Leñador y su esposa le reprendían, y decían: 'No te tratamos como tú tratas a aquellos que están desolados, y no tienen quién los socorra. ¿Por qué eres tan cruel con todos los que necesitan piedad?'

A menudo el viejo sacerdote lo llamaba, y buscaba enseñarle el amor por las cosas vivas, diciéndole: 'La mosca es tu hermana. No le hagas daño. Los pájaros salvajes que vagan por el bosque tienen su libertad. No los atrapes para tu placer. Dios hizo al gusano ciego y al topo, y cada uno tiene su lugar. ¿Quién eres tú para traer dolor al mundo de Dios? Incluso el ganado del campo lo alaba.'

Pero el Niño Estrella no hacía caso de sus palabras, sino que fruncía el ceño y se burlaba, y volvía con sus compañeros, y los lideraba. Y sus compañeros lo seguían, pues era bello, y rápido de pie, y podía bailar, y tocar la flauta, y hacer música. Y dondequiera que el Niño Estrella los llevaba, ellos lo seguían, y lo que el Niño Estrella les ordenaba hacer, eso hacían. Y cuando con una caña afilada perforaba los ojos oscuros del topo, ellos reían, y cuando lanzaba piedras al leproso también reían. Y en todas las cosas los gobernaba, y se volvieron duros de corazón igual que él.

Ahora, un día pasó por el pueblo una pobre mujer mendiga. Sus ropas estaban rotas y andrajosas, y sus pies sangraban por el áspero camino por el que había viajado, y estaba en muy mal estado. Y estando cansada, se sentó bajo un castaño para descansar.

Pero cuando el Niño Estrella la vio, dijo a sus compañeros: '¡Mirad! Allí se sienta una repugnante mendiga bajo ese árbol bello y de hojas verdes. Venid, expulsémosla de aquí, pues es fea y de mal aspecto.'

Así que se acercó y le lanzó piedras, y se burló de ella, y ella lo miró con terror en sus ojos, sin apartar su mirada de él. Y cuando el Leñador, que estaba partiendo leña en un solar cercano, vio lo que el Niño Estrella estaba haciendo, corrió hacia él y lo reprendió, y le dijo: 'Seguramente eres duro de corazón y no conoces la misericordia, ¿qué mal te ha hecho esta pobre mujer para que la trates de esta manera?'

Y el Niño Estrella se puso rojo de ira, y golpeó el suelo con su pie, y dijo: '¿Quién eres tú para cuestionarme lo que hago? No soy hijo tuyo para hacer tu voluntad.'

'Hablas verdad,' respondió el Leñador, 'pero aún así te mostré piedad cuando te encontré en el bosque.'

Y cuando la mujer escuchó estas palabras dio un fuerte grito y cayó desmayada. Y el Leñador la llevó a su propia casa, y su esposa la cuidó, y cuando ella despertó del desmayo en el que había caído, le pusieron carne y bebida delante de ella, y le pidieron que se confortara.

Pero ella no quiso comer ni beber, sino que dijo al Leñador: '¿No dijiste que el niño fue encontrado en el bosque? ¿Y no ha sido desde este día diez años?'

Y el Leñador respondió: 'Sí, fue en el bosque donde lo encontré, y hoy se cumplen diez años desde aquel día.'

'¿Y qué señales encontraste con él?' ella gritó. '¿No llevaba sobre su cuello una cadena de ámbar? ¿No estaba envuelto en una capa de tejido de oro bordada con estrellas?'

'En verdad,' respondió el Leñador, 'fue tal como dices.' Y sacó la capa y la cadena de ámbar del cofre donde yacían, y se los mostró.

Y cuando ella los vio lloró de alegría y dijo: 'Es mi pequeño hijo a quien perdí en el bosque. Te ruego que lo llames rápidamente, pues en su búsqueda he vagado por todo el mundo.'

Así que el Leñador y su esposa salieron y llamaron al Niño Estrella, y le dijeron: 'Entra en la casa, y allí encontrarás a tu madre, que te espera.'

Así que él corrió adentro, lleno de maravilla y gran alegría. Pero cuando vio a quien lo esperaba allí, se rió con desdén y dijo: '¿Por qué? ¿Dónde está mi madre? Pues no veo a nadie aquí más que a esta vil mendiga.'

Y la mujer le respondió: 'Yo soy tu madre.'

"Estás loco al decir eso," gritó el Niño Estrella con ira. "No soy hijo tuyo, pues eres una mendiga, fea y andrajosa. Por lo tanto, vete de aquí y no dejes que vea tu rostro desagradable nunca más."

"No, pero tú eres en verdad mi pequeño hijo, a quien di a luz en el bosque," ella lloró, y cayó de rodillas, extendiendo sus brazos hacia él. "Los ladrones te robaron de mí y te dejaron morir," murmuró, "pero te reconocí cuando te vi, y también he reconocido las señales, la capa de tejido dorado y la cadena de ámbar. Por lo tanto, te ruego que vengas conmigo, pues he vagado por todo el mundo en busca de ti. Ven conmigo, hijo mío, pues necesito de tu amor."

Pero el Niño Estrella no se movió de su lugar, sino que cerró las puertas de su corazón contra ella, ni se oyó ningún sonido salvo el sonido de la mujer llorando de dolor.

Y al final él le habló, y su voz era dura y amarga. "Si en verdad eres mi madre," dijo, "hubiera sido mejor que te hubieras quedado lejos y no vinieras aquí a avergonzarme, viendo que yo pensaba que era hijo de alguna Estrella, y no el hijo de una mendiga, como me dices que soy. Por lo tanto, vete de aquí y no te vea más."

"¡Ay! hijo mío," ella lloró, "¿no me darás un beso antes de irme? Pues he sufrido mucho para encontrarte."

"No," dijo el Niño Estrella, "pero eres demasiado repugnante para mirar, y preferiría besar a la víbora o al sapo que a ti."

Así que la mujer se levantó y se fue al bosque llorando amargamente, y cuando el Niño Estrella vio que se había ido, se alegró y corrió de vuelta a sus compañeros de juego para poder jugar con ellos.

Pero cuando lo vieron venir, se burlaron de él y dijeron, "Vaya, tú eres tan repugnante como el sapo, y tan despreciable como la víbora. Vete de aquí, pues no toleraremos que juegues con nosotros," y lo echaron del jardín.

Y el Niño Estrella frunció el ceño y se dijo a sí mismo, "¿Qué es esto que me dicen? Iré al pozo de agua y me miraré en él, y él me dirá de mi belleza."

Así que fue al pozo de agua y se miró en él, y ¡he aquí! su rostro era como el rostro de un sapo, y su cuerpo estaba sellado como una víbora. Y se tiró al suelo sobre la hierba y lloró, y dijo para sí, "Seguramente esto me ha sobrevenido a causa de mi pecado. Pues he negado a mi madre y la he echado, y he sido orgulloso y cruel con ella. Por lo tanto, iré y la buscaré por todo el mundo, y no descansaré hasta que la haya encontrado."

Y vino a él la pequeña hija del Leñador, y puso su mano sobre su hombro y dijo, "¿Qué importa si has perdido tu hermosura? Quédate con nosotros, y no me burlaré de ti."

Y él le dijo, "No, pero he sido cruel con mi madre, y como castigo este mal me ha sido enviado. Por lo tanto, debo irme de aquí y vagar por el mundo hasta encontrarla, y que ella me dé su perdón."

Así que huyó al bosque y llamó a su madre para que viniera a él, pero no hubo respuesta. Todo el día la llamó, y, cuando el sol se puso, se acostó a dormir sobre un lecho de hojas, y los pájaros y los animales huyeron de él, pues recordaban su crueldad, y estaba solo salvo por el sapo que lo miraba, y la lenta víbora que pasaba arrastrándose.

Y por la mañana se levantó, arrancó algunas bayas amargas de los árboles y las comió, y tomó su camino a través del gran bosque, llorando amargamente. Y de todo lo que encontraba hacía la pregunta de si acaso habían visto a su madre.

Le dijo al Topo, "Tú puedes ir bajo la tierra. Dime, ¿está mi madre allí?"

Y el Topo respondió, "Cegaste mis ojos. ¿Cómo debería saberlo?"

Le dijo al Jilguero, "Tú puedes volar sobre las copas de los altos árboles y puedes ver el mundo entero. Dime, ¿puedes ver a mi madre?"

Y el Jilguero respondió, "Has cortado mis alas por tu placer. ¿Cómo debería volar?"

Y al pequeño Ardilla que vivía en el árbol de abeto, y estaba solo, le dijo, "¿Dónde está mi madre?"

Y la Ardilla respondió, "Has matado a la mía. ¿Buscas matar a la tuya también?"

Y el Niño Estrella lloró y bajó su cabeza, y pidió perdón a las cosas de Dios, y siguió adelante por el bosque, buscando a la mujer mendiga. Y al tercer día llegó al otro lado del bosque y descendió a la llanura.

Y cuando pasó por los pueblos, los niños se burlaron de él y le lanzaron piedras, y los campesinos no le permitieron ni siquiera dormir en los establos por temor a que trajera moho al maíz almacenado, tan repugnante era su aspecto, y sus hombres contratados lo ahuyentaron, y no había nadie que tuviera piedad de él. Tampoco podía encontrar en ninguna parte a la mujer mendiga que era su madre, aunque durante el espacio de tres años vagó por el mundo, y a menudo parecía verla en el camino frente a él, y la llamaba y corría tras ella hasta que los pedregosos caminos le hacían sangrar los pies. Pero no lograba alcanzarla, y aquellos que vivían junto al camino siempre negaban haberla visto, o a alguien parecido a ella, y se burlaban de su dolor.

Durante el espacio de tres años vagó por el mundo, y en el mundo no había ni amor ni bondad ni caridad para él, pero era incluso tal mundo como él había hecho para sí mismo en los días de su gran orgullo.

Y una tarde llegó a la puerta de una ciudad fuertemente amurallada que estaba junto a un río, y, cansado y con los pies doloridos como estaba, intentó entrar. Pero los soldados que estaban de guardia cruzaron sus alabardas en la entrada, y le dijeron rudamente, "¿Cuál es tu negocio en la ciudad?"

"Estoy buscando a mi madre," respondió, "y os ruego que me permitáis pasar, pues puede ser que ella esté en esta ciudad."

Pero se burlaron de él, y uno de ellos, que tenía una barba negra, puso su escudo a un lado y gritó, "De verdad, tu madre no estará contenta cuando te vea, pues eres más feo que el sapo del pantano, o la víbora que se arrastra en el fango. Vete de aquí. Vete de aquí. Tu madre no vive en esta ciudad."

Y otro, que sostenía una bandera amarilla en su mano, le dijo, "¿Quién es tu madre, y por qué la buscas?"

Y él respondió, "Mi madre es una mendiga como yo, y la he tratado mal, y os ruego que me permitáis pasar para que ella pueda darme su perdón, si es que se encuentra en esta ciudad." Pero no quisieron, y lo picaron con sus lanzas.

Y, mientras se alejaba llorando, uno cuya armadura estaba incrustada con flores doradas, y en cuyo casco se posaba un león con alas, se acercó e hizo preguntas a los soldados sobre quién había buscado entrar. Y le dijeron, "Es un mendigo y el hijo de una mendiga, y lo hemos ahuyentado."

"No," él gritó, riendo, "pero lo venderemos como esclavo, y su precio será el de un cuenco de vino dulce."

Y un hombre viejo y de semblante malvado que pasaba por allí gritó, y dijo, "Lo compraré por ese precio," y, cuando había pagado

el precio, tomó al Niño Estrella de la mano y lo llevó dentro de la ciudad.

Y después de haber pasado por muchas calles llegaron a una pequeña puerta que estaba en una pared cubierta por un árbol de granada. Y el viejo tocó la puerta con un anillo de jaspe grabado y se abrió, y bajaron cinco escalones de bronce hacia un jardín lleno de amapolas negras y jarras verdes de arcilla quemada. Y el viejo sacó entonces de su turbante una bufanda de seda estampada, y con ella vendó los ojos del Niño Estrella, y lo llevó delante de él. Y cuando le quitaron la bufanda de los ojos, el Niño Estrella se encontró en un calabozo, que estaba iluminado por una linterna de cuerno.

Y el anciano le puso delante un poco de pan mohoso en un plato y dijo, "Come", y algo de agua salobre en una copa y dijo, "Bebe", y cuando había comido y bebido, el anciano salió, cerrando la puerta detrás de él y asegurándola con una cadena de hierro.

Y al día siguiente, el anciano, que era en verdad el más sutil de los magos de Libia y había aprendido su arte de uno que habitaba en las tumbas del Nilo, entró a verlo y frunció el ceño, y le dijo, "En un bosque cercano a la puerta de esta ciudad de Giaours hay tres piezas de oro. Una es de oro blanco, otra es de oro amarillo, y el oro de la tercera es rojo. Hoy debes traerme la pieza de oro blanco, y si no la traes de vuelta, te golpearé con cien azotes. Vete rápido, y al atardecer te estaré esperando en la puerta del jardín. Asegúrate de traer el oro blanco, o te irá mal, pues eres mi esclavo, y te he comprado por el precio de un cuenco de vino dulce." Y vendó los ojos del Niño Estrella con la bufanda de seda estampada, y lo condujo a través de la casa, y a través del jardín de amapolas, y subió los cinco escalones de bronce. Y habiendo abierto la pequeña puerta con su anillo lo puso en la calle.

Y el Niño Estrella salió de la puerta de la ciudad y llegó al bosque del cual el Mago le había hablado.

Ahora bien, este bosque era muy hermoso de ver desde fuera, y parecía lleno de pájaros cantores y de flores de dulce aroma, y el Niño Estrella entró en él con gusto. Sin embargo, su belleza poco le aprovechó, pues dondequiera que iba, duras zarzas y espinas surgían del suelo y lo rodeaban, y malas ortigas lo picaban, y el cardo lo pinchaba con sus dagas, de modo que estaba en gran angustia. Tampoco pudo encontrar en ninguna parte la pieza de oro blanco de la que el Mago había hablado, aunque la buscó desde la mañana hasta el mediodía, y desde el mediodía hasta el atardecer. Y al atardecer puso su rostro hacia casa, llorando amargamente, pues sabía qué destino le esperaba.

Pero cuando había llegado a las afueras del bosque, oyó desde un matorral un grito como de alguien en dolor. Y olvidando su propio pesar corrió hacia el lugar, y vio allí a una pequeña Liebre atrapada en una trampa que algún cazador había puesto para ella.

Y el Niño Estrella tuvo piedad de ella, y la liberó, y le dijo, "Yo mismo soy pero un esclavo, pero aún así puedo darte tu libertad."

Y la Liebre le respondió, y dijo: "Ciertamente me has dado libertad, ¿y qué te daré yo a cambio?"

Y el Niño Estrella le dijo, "Estoy buscando una pieza de oro blanco, ni en ninguna parte puedo encontrarla, y si no la llevo a mi amo me golpeará."

"Ven conmigo," dijo la Liebre, "y te llevaré a ella, pues sé dónde está escondida, y para qué propósito."

Así que el Niño Estrella fue con la Liebre, y ¡he aquí! en la hendidura de un gran roble vio la pieza de oro blanco que estaba buscando. Y se llenó de alegría, y la cogió, y dijo a la Liebre, "El servicio que te hice tú me lo has devuelto muchas veces, y la bondad que te mostré tú la has pagado cien veces."

"No," respondió la Liebre, "pero como tú trataste conmigo, así traté contigo," y se alejó corriendo rápidamente, y el Niño Estrella se dirigió hacia la ciudad.

Ahora, en la puerta de la ciudad había sentado uno que era un leproso. Sobre su rostro colgaba un capucho de lino gris, y a través de las aberturas sus ojos brillaban como carbones rojos. Y cuando vio al Niño Estrella venir, golpeó un cuenco de madera, y agitó su campana, y le llamó, y dijo, "Dame una pieza de dinero, o debo morir de hambre. Pues me han expulsado de la ciudad, y no hay nadie que tenga piedad de mí."

"¡Ay!" gritó el Niño Estrella, "solo tengo una pieza de dinero en mi bolsa, y si no la llevo a mi amo, él me golpeará, pues soy su esclavo."

Pero el leproso le suplicó y le rogó, hasta que el Niño Estrella tuvo piedad y le dio la pieza de oro blanco.

Y cuando llegó a la casa del Mago, el Mago le abrió, lo hizo entrar y le dijo, "¿Tienes la pieza de oro blanco?" Y el Niño Estrella respondió, "No la tengo." Entonces el Mago se lanzó sobre él, lo golpeó, puso delante de él un plato vacío y dijo, "Come", y una copa vacía y dijo, "Bebe", y lo arrojó de nuevo al calabozo.

Y al día siguiente el Mago vino a él y dijo, "Si hoy no me traes la pieza de oro amarillo, te mantendré seguro como mi esclavo y te daré trescientos azotes."

Así que el Niño Estrella fue al bosque, y todo el día buscó la pieza de oro amarillo, pero en ninguna parte pudo encontrarla. Y al atardecer se sentó y comenzó a llorar, y mientras lloraba, vino a él la pequeña Liebre que había rescatado de la trampa.

Y la Liebre le dijo, "¿Por qué lloras? ¿Y qué buscas en el bosque?"

Y el Niño Estrella respondió, "Busco una pieza de oro amarillo que está escondida aquí, y si no la encuentro, mi amo me golpeará y me mantendrá como esclavo."

"Sígueme," gritó la Liebre, y corrió por el bosque hasta llegar a un estanque de agua. Y en el fondo del estanque yacía la pieza de oro amarillo.

"¿Cómo te agradeceré?" dijo el Niño Estrella, "pues ¡he aquí! esta es la segunda vez que me socorres."

"No, pero tú tuviste piedad de mí primero," dijo la Liebre, y se alejó corriendo rápidamente.

Y el Niño Estrella tomó la pieza de oro amarillo, la puso en su bolsa y se apresuró hacia la ciudad. Pero el leproso lo vio venir y corrió a su encuentro, se arrodilló y gritó, "Dame una pieza de dinero o moriré de hambre."

Y el Niño Estrella le dijo, "Solo tengo en mi bolsa una pieza de oro amarillo, y si no la llevo a mi amo, él me golpeará y me mantendrá como su esclavo."

Pero el leproso le suplicó tanto, que el Niño Estrella tuvo piedad de él y le dio la pieza de oro amarillo.

Y cuando llegó a la casa del Mago, el Mago le abrió, lo hizo entrar y le dijo, "¿Tienes la pieza de oro amarillo?" Y el Niño Estrella le dijo, "No la tengo." Así que el Mago se lanzó sobre él, lo golpeó, lo cargó de cadenas y lo arrojó de nuevo al calabozo.

Y al día siguiente el Mago vino a él y dijo, "Si hoy me traes la pieza de oro rojo, te dejaré libre, pero si no la traes, seguramente te mataré."

Así que el Niño Estrella fue al bosque, y todo el día largo buscó la pieza de oro rojo, pero en ninguna parte pudo encontrarla. Y al atardecer se sentó y lloró, y mientras lloraba, vino a él la pequeña Liebre.

Y la Liebre le dijo, "La pieza de oro rojo que buscas está en la caverna que está detrás de ti. Por lo tanto, no llores más sino alégrate."

"¿Cómo te recompensaré?" gritó el Niño Estrella, "¡pues he aquí! esta es la tercera vez que me has socorrido."

"No, pero tú tuviste piedad de mí primero," dijo la Liebre, y corrió rápidamente.

Y el Niño Estrella entró en la caverna, y en su rincón más lejano encontró la pieza de oro rojo. Así que la puso en su bolsa y se apresuró a la ciudad. Y el leproso, viéndolo venir, se paró en el centro del camino, y gritó, y le dijo, "Dame la pieza de dinero rojo, o debo morir," y el Niño Estrella tuvo piedad de él otra vez, y le dio la pieza de oro rojo, diciendo, "Tu necesidad es mayor que la mía." Sin embargo, su corazón estaba pesado, pues sabía qué destino malvado le esperaba.

Pero ¡he aquí! mientras pasaba por la puerta de la ciudad, los guardias se inclinaron y le hicieron reverencias, diciendo, "¡Qué hermoso es nuestro señor!" y una multitud de ciudadanos lo siguió, y gritó, "¡Seguramente no hay nadie tan hermoso en todo el mundo!" de modo que el Niño Estrella lloró, y se dijo a sí mismo, "Se están burlando de mí, y haciendo luz de mi miseria." Y tan grande era la concurrencia de la gente, que perdió los hilos de su camino, y se encontró al final en una gran plaza, en la cual había un palacio de un Rey.

Y la puerta del palacio se abrió, y los sacerdotes y los altos oficiales de la ciudad corrieron hacia él, y se abajaron ante él, y dijeron, "Tú eres nuestro señor por quien hemos estado esperando, y el hijo de nuestro Rey."

Y el Niño Estrella les respondió y dijo, "No soy hijo de ningún rey, sino el hijo de una pobre mujer mendiga. ¿Y cómo decís que soy hermoso, pues sé que soy malo de mirar?"

Entonces aquel, cuya armadura estaba incrustada con flores doradas, y en cuyo casco se posaba un león que tenía alas, alzó un escudo, y gritó, "¿Cómo dice mi señor que no es hermoso?"

Y el Niño Estrella miró, y ¡he aquí! su rostro era tal como había sido, y su hermosura había vuelto a él, y vio en sus ojos lo que no había visto allí antes.

Y los sacerdotes y los altos oficiales se arrodillaron y le dijeron, "Fue profetizado antiguamente que en este día vendría aquel que habría de gobernarnos. Por lo tanto, que nuestro señor tome esta

corona y este cetro, y sea en su justicia y misericordia nuestro Rey sobre nosotros."

Pero él les dijo, "No soy digno, pues he negado a la madre que me dio a luz, ni puedo descansar hasta que la haya encontrado y conocido su perdón. Por lo tanto, dejadme ir, pues debo vagar nuevamente por el mundo, y no puedo detenerme aquí, aunque me traigáis la corona y el cetro." Y mientras hablaba, giró su rostro de ellos hacia la calle que llevaba a la puerta de la ciudad, y ¡he aquí! entre la multitud que presionaba alrededor de los soldados, vio a la mujer mendiga que era su madre, y a su lado estaba el leproso, que había estado sentado junto al camino.

Y un grito de alegría brotó de sus labios, y corrió hacia ellos, y arrodillándose besó las heridas en los pies de su madre, y los mojó con sus lágrimas. Inclino su cabeza en el polvo, y sollozando, como uno cuyo corazón podría romperse, le dijo: "Madre, te negué en la hora de mi orgullo. Acéptame en la hora de mi humildad. Madre, te di odio. Dame amor. Madre, te rechacé. Recibe ahora a tu hijo." Pero la mujer mendiga no le respondió ni una palabra.

Y extendió sus manos, y abrazó los blancos pies del leproso, y le dijo: "Tres veces te di de mi misericordia. Pide a mi madre que me hable una vez." Pero el leproso tampoco le respondió ni una palabra.

Y volvió a sollozar y dijo: "Madre, mi sufrimiento es mayor de lo que puedo soportar. Dame tu perdón, y déjame volver al bosque." Y la mujer mendiga puso su mano sobre su cabeza, y le dijo, "Levántate," y el leproso puso su mano sobre su cabeza, y también le dijo, "Levántate."

Y se levantó de sus pies, y los miró, y ¡he aquí! eran un Rey y una Reina.

Y la Reina le dijo, "Este es tu padre a quien has socorrido."

Y el Rey dijo, "Esta es tu madre cuyos pies has lavado con tus lágrimas." Y se echaron a su cuello y lo besaron, y lo llevaron al palacio y lo vistieron con ropas hermosas, y pusieron la corona sobre su cabeza, y el cetro en su mano, y sobre la ciudad que estaba junto

al río gobernó, y fue su señor. Mucho mostró de justicia y misericordia a todos, y al Mago malvado lo desterró, y al Leñador y su esposa les envió muchos regalos ricos, y a sus hijos les dio alta honra. Ni permitía que nadie fuera cruel con ave o bestia, sino enseñaba el amor, la bondad amorosa y la caridad, y a los pobres les daba pan, y a los desnudos vestimenta, y había paz y abundancia en la tierra.

Sin embargo, no gobernó mucho tiempo, tan grande había sido su sufrimiento, y tan amarga la prueba de su fuego, pues después del espacio de tres años murió. Y el que vino después de él gobernó malamente.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**

1. [Una casa de granadas - Oscar Wilde](#)
2. [Una casa de granadas](#)
3. [Oscar Wilde](#)
4. [El joven rey](#)
5. [El cumpleaños de la infanta](#)
6. [El pescador y su alma](#)
7. [El niño estrella](#)